

D 21395

ROGELIO F. OUTON

FRENTE A LA VIDA



EDITORES
A KAPELUSZ Y CIA
BOLIVAR MITRE 1259. B.A.



LL
1925
OUTO

PRECIO \$ 1.30
Biblioteca Nacional de Maestros

24426

FRENTE A LA VIDA

LIBRO DE ORIENTACIÓN PRÁCTICA

(Texto de lectura para niños de 10 a 14 años)

Aprobado por el H. Consejo Nacional de Educación y por el H. Consejo General de
Educación de la Provincia de Buenos Aires.

O. R. C. N. de 2

POR

ROGELIO F. OUTÓN

MAESTRO NORMAL

SEXTA EDICION



A. KAPELUSZ y Cía., EDITORES

1242, Bartolomé Mitre, 1248 — Buenos Aires

1925

1231296

Biblioteca Nacional de Maestros

FRENTE A LA VIDA

LIBRO DE ORIENTACION PRACTICA

ROBERTO F. OTON

Queda hecho el depósito
que marca la ley 7092.

IMPRESA NACIONAL
DE MEXICO

A MANERA DE PRÓLOGO

(Del informe de la Inspección General de Escuelas de la Provincia de Buenos Aires).

"Frente a la Vida" es un libro que puede ponerse con entera confianza en manos de nuestros niños de 3.º o 4.º grado.

De fondo sano y forma sencilla, su lectura ha de provocar reflexiones y sugerencias apropiadas al propósito perseguido por el autor, con un sentido exacto de la realidad y de las exigencias del momento actual.

Libro sano, eminentemente sano, porque predica la acción fecunda en las praderas vírgenes de nuestra tierra privilegiada; pero una acción inteligente que transforme la chacra o el tristísimo *puesto* actual, en la alquería pintoresca y riente que posea con "el mar de ondulantes mieses", árboles amigos que reparen de los cierzos invernales o atemperen el sol radiante de las tardes estivales; árboles amigos que también proporcionen combustible y sabrosos frutos. Que tengan, además, el cuadro apetecible del huerto pródigo en hortalizas que quiebren la monotonía y el desabrimiento del diario yantar poniendo sabor, elementos de sana nutrición y variedad en el magro pucherete o el guisote condimentado con carne, grasa y arroz; que alegre la casita campesina — el patio entoldado con el parral pródigo y el manchón policromo del jardincito — y sea, en fin, más que chacra desolante a la usanza actual, granja donde brinden también sus nobles productos, las vacadas

de ubres generosas; el corral de aves; la piara que se regala a la humana voracidad sin una sola partícula desaprovechable y brinde el colmenar sus panales destilando almibara-zumo.

Tal la transformación que debe operarse en parte de las actividades suburbanas o rurales de nuestra provincia — para mejorar la condición económica de sus habitantes — y crearles un medio que diga de higiene, comodidades y belleza — poco comunes en las poblaciones camperas porque no hemos salido aún del rutinarismo torpe, ingrato y mezquino.

Si la escuela tiene como misión formar generaciones fuertes, aptas, inteligentes y buenas para que al incorporarse a las actividades sociales les impriman el sello de su acción progresista, deben nuestras escuelas, especialmente las suburbanas y rurales, fijar por la enseñanza práctica y lecturas apropiadas, una orientación que responda a la finalidad de la escuela en relación con las transformaciones que deben operarse en su medio.

Tal propósito persigue la Dirección General de Escuelas por medio de la orientación agrícola y las manualidades practicadas durante el año último en un millar de sus escuelas comunes.

"Frente a la vida" es una expresión sana e interesante de esta escuela del trabajo, que se auspicia en la provincia y que comienza a ser ya una seductora realidad, un factor de progreso que va penetrando en todas las escuelas del país. De esta nueva escuela saldrá sin duda la didáctica del porvenir, menos sistematizada pero más humana; la que ha "de realizar los ideales de perfeccionamiento humano que han acariciado los más nobles filósofos y educadores" (1) pese a los pseudo sabios ahitos de Ciencia Pedagógica libresca y sin digerir — que tienen su gesto desdeñoso para estas innovaciones: factores negativos, absolutamente negativos — porque ni hacen ni dejan hacer.

(1) A. M. Aguayo — La Escuela Primaria — Como debe ser.

Hoy por hoy esas instituciones, (Colegios de segunda enseñanza) orientan para las profesiones liberales; pero los que no obtienen el ansiado título, se encuentran desarmados de aptitudes para intervenir con éxito en la lucha cada vez más afanosa y difícil de la brega diaria; y esto después de 12 años de estudios enciclopédicos.

El empleo público es el desideratum que se ofrece a las actividades de esa juventud, vencida antes de empezar la lucha.

Ya en otra oportunidad, la Inspección General manifestó que su profunda fe en la vida del esfuerzo inteligente aplicado a las fuentes nobles de las riquezas del país, no la ha adquirido solamente pesando las opiniones de los numerosos publicistas o maestros que han encarado seriamente estas cuestiones; sino que se ha compenetrado de ella porque dobló el espinazo, encallecieron las manos y el sudor de la fatiga mojó su frente, viviendo, durante varios años de su adolescencia, la vida laboriosa de las faenas campesinas. Perteneció — y le es grato el recuerdo — a la falange de los que contribuyen al progreso efectivo del país, *saludando al sol en el rastrojo y despidiéndolo sobre el surco.* (2)

De los años vividos en esa vida de labor que fortifica el organismo, sin sentirse empequeñecida el alma con las pasiones bajas o los sentimientos mezquinos — tal vez porque el horizonte intelectual se ensancha ante el espectáculo de la naturaleza, con su llanura inmensa y su cielo de serena plenitud — guarda el recuerdo de las más nobles emociones.

La naturaleza prodiga sus dones a los que saben doblarse para explotar sus veneros de riquezas. Explotándola se aprende a conocerla y sentirla; y sintiéndola se purifica el alma.

Procuremos que nuestros alumnos se connaturalicen con las faenas campestres para aumentar el número de los hombres fuertes, sanos y buenos que tanto necesita el país.

(2) Sta. Basildua — Directora de la Escuela N.º 1 de Avellaneda

El libro del Sr. Outón contribuirá sin duda, como factor apreciable, para alcanzar tan lisonjera finalidad, y ojalá sus páginas sencillas, veraces y buenas, sean leídas en los hogares. Puede ser que a su influjo se modifiquen algunas prácticas rutinarias y se agite el ambiente, mediante la acción conjunta del maestro y algunos vecinos dispuestos a transportar al terreno de los hechos los ejemplos y nobles enseñanzas que se desprenden de los relatos de Luis, Pascual y Jorge.

Firmado: JUAN FRANCISCO JAUREGUI.

FRENTE A LA VIDA

DESPEJADA



DESPEDIDA

Había terminado la fiesta de clausura del año escolar.

Tres amigos hallábanse reunidos, silenciosos, en un ángulo del salón, con sus correspondientes diplomas de estudios primarios bajo el brazo.

Aquellos adolescentes cursaron juntos los últimos grados, siendo proverbial en la escuela la amistad que los ligaba, razón por la cual sentíanse apenados al pensar en la separación.

Jorge rompió el silencio manifestando tener una idea que deseaba someter a la consideración

de sus amigos, para lo cual los invitó a ir hasta la plaza, propuesta que aceptaron.

Llegada la hora de retirarse, dirigiéronse al sitio en que director y maestros departían amablemente comentando el éxito de la fiesta.

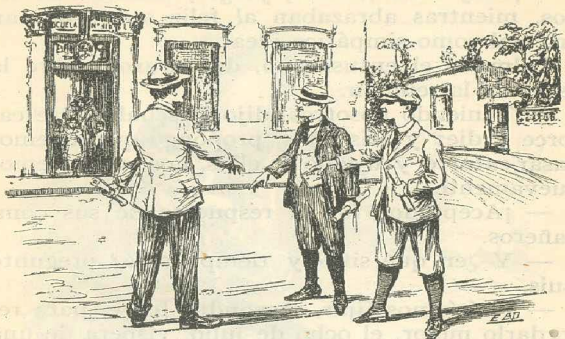
Cada uno de los jóvenes extendió el brazo para dar la mano, repitiendo con emoción: Adiós, señor director, adiós, señor maestro, muchas gracias por todo. Y ellos respondían al saludo con palabras llenas de afecto y aliento.

Aprovechó el director aquella última oportunidad para decirles:

Amiguitos: os espera la vida. Desde hoy, terminados los cursos de la escuela primaria, tenéis que pensar en el rumbo que debéis seguir. No tengáis miedo al trabajo, pues, mientras sea honrado, no importa que encallezca las manos o manche la blusa. Y antes de encauzar vuestras vidas, dirigid la mirada hacia el campo, donde hay extensiones enormes de tierras propicias que esperan a los jóvenes activos, inteligentes y capaces, para dar las infinitas riquezas que guardan en su seno.

Nuestra República tiene ciudades demasiado pobladas y campos desiertos, ciudades en que muchos habitantes llevan una vida precaria, y campos donde el que trabaja encuentra bienestar.

Jóvenes, os doy mi postrer consejo: dirigíos al campo, pues será muy fácil que encontréis allí vuestra felicidad.



EL PACTO

Terminado que hubo el señor director de pronunciar aquellas palabras, los jóvenes se dirigieron hacia la plaza, de acuerdo con lo convenido.

Jorge expuso su idea:

— Amigos, dijo: he pensado, como seguramente lo habrán hecho ustedes, que, desde este momento nuestras vidas se separan. Ya para nosotros no existirá la escuela que con el tañido de su campana nos congregaba como una madre. Posiblemente algunos nos alejaremos de aquí; ¿qué os parece si propongo, en nombre de la amistad que nos une, que nos comprometamos solemnemente hoy, a volver a reunirnos dentro de varios años?

— ¡Muy bien! ¡Bravo, Jorge!, exclamaron todos, mientras abrazaban al feliz autor de tan original como simpática idea.

Calmado el entusiasmo, deliberaron sobre la fecha de la reunión.

— Teniendo nosotros, dijo Pascual, entre catorce y diez y seis años, propongo que dejemos pasar catorce, y al cabo de ellos, nos encontremos nuevamente.

— ¡Aceptado!, fué la respuesta de sus compañeros.

— Y ¿en qué sitio y tiempo será? preguntó Luis.

— Podríamos fijar, respondió Jorge, para recordarlo mejor, el ocho de julio, víspera de una gran fiesta patria.

— ¡Aprobado! manifestaron los oyentes.

— Y en cuánto al lugar, creo que el más indicado sería esta misma plaza. En ella esperará a sus antiguos camaradas, quien llegue primero.

— ¡Convenido! contestaron.

— Anotemos, pues, lo resuelto, expresó Jorge; el ocho de julio, dentro de catorce años, nos reuniremos los presentes en la plaza Rivadavia de esta ciudad.

Y deseándose recíprocas felicidades, los tres amigos, Jorge, Luis y Pascual, se dirigieron a sus casas.



FRENTE A LA VIDA

El día siguiente y los sucesivos los dedicaron los amigos al descanso; pero el cansancio que los embargaba no se debía a las fatigas de los últimos días de clase, sino a la incertidumbre frente al porvenir.

Otros años no les habían preocupado como ahora las vacaciones, pues estaban seguros de que, al finalizar, volverían nuevamente a la escuela; pero hoy no era así; los esperaba la vida para incorporarlos a sus actividades.

A intervalos, salía de sus pechos un hondo y prolongado suspiro, reflejo de la inquietud que los embargaba.

Por primera vez percibían claramente las notas de ese himno que entonan los hombres y las cosas en la brega diaria por la existencia.

Y adquirirían, ante sus miradas, contornos definidos los movimientos de los que trabajaban, y que hasta entonces sólo habían percibido brumosos, confusos.

Pensativos, y a veces desorientados, pasaban largas horas cavilando, sin saber hacia qué rumbo orientar sus existencias.

Es que se encontraban frente a la vida sin haber reflexionado seriamente en la acción que debían desplegar. Se hallaban desarmados, dado que sus manos no habían adquirido habilidad, ni su temperamento se había decidido por ninguna profesión. Debían pues esperar que la casualidad les brindara el camino más directo.

¡Cuánta incertidumbre y desasosiego! ¡Qué diferente hubiese sido su situación, si, durante los últimos años de asistencia escolar, al par que estudiaban, hubieran orientado sus conocimientos hacia alguna profesión! Hoy esperarían tranquilos el momento de iniciarse en la lucha, aportando sus esfuerzos inteligentes a ese conjunto grandioso que impulsa al mundo, y es obligación, y alegría y vida: el trabajo.



LA CIUDAD

(FRAGMENTOS)

El hombre se agita. Le atrae la lucha
que forja en el yunque sus armas vitales.
Su duda no es poca, su dicha no es mucha
subiendo la cuesta de bienes y males...

Sonoro trájín repercute. Canta
el himno del músculo su batallador
concierto. Y el alma del hombre levanta
su voz de esperanza, su grito de amor.

La ciudad trabaja. Por sus largas calles
el ritmo incesante su energía crea:
como entre colinas, corre por los valles
una red de ríos que hierve y chispea.

Y esa multitud, que a veces medita
sobre los problemas de menos y más:
en horas profundas su andar precipita
lanzando adelante las fuerzas de atrás.

Las máquinas mueven su recio organismo
agitando émbolos, girando poleas:
el hombre les puso tanto de sí mismo,
que el hierro parece que tuviera ideas.

Y del armazón, compleja y sencilla,
que todas sus fibras despierta animadas,
nos viene la obra como maravilla,
que fuera tejida por dedos de hadas.

Y vibra el taller y canta el afán,
el aire sonoro llevá la canción.
Suena por aquí, braca braca bran...
Suena por allí, dindán y dindón...

La ciudad estudia, la ciudad diseca
el humano arcano y el humano mal,
con el anfiteatro, con la biblioteca
y con el esfuerzo mental y manual.

ERNESTO MARIO BARRERA



EL DIA SEÑALADO

Catorce años habían transcurrido desde el día del pacto, y aquel ocho de julio, a las diez de la mañana, dos de los tres amigos paseábanse por la plaza, esperando que llegase el tercero.

Antes de mediodía conversaban animadamente los tres hombres, dando muestras de gran alegría y satisfacción. Eran los mismos alumnos que, en igual sitio, y catorce años atrás, convinieron en reunirse allí.

Todos cumplieron su palabra. En prueba de ello, allí estaban comunicándose sus impresiones.

¡Cuánta mudanza en sus personas! Más de

uno se encontró confuso y titubeante antes de reconocer al que fué su compañero. Pero el recuerdo de algunos rasgos fisonómicos, conservados al través del tiempo, sirvieron para la identificación.

Pasados los primeros momentos cordiales, las miradas de todos, a indicación de Pascual, convergieron en la antigua escuela. ¡Qué transformación tan honda en ella! El edificio reparado, tenía a su lado nuevas construcciones, y la palabra "talleres", en su frontispicio, indicaba claramente su destino.

Pascual explicó el motivo de aquel cambio. En las escuelas de la ciudad no se impartía la enseñanza de igual modo que en la época en que ellos la frecuentaban.



RECUERDOS JUSTICIEROS

— Egresados de esta escuela, continuó Pascual, ingresan en otra llamada profesional, donde se perfeccionan en el oficio elegido.

De esta manera los alumnos, al terminar sus estudios, salen conociendo una profesión manual, y al ingresar en el taller, o en la fábrica, o al dedicarse a la explotación de las industrias propias del país, están llamados a sobresalir y ser mejor remunerados, por cuanto su trabajo es más productivo.

— Y a propósito, Pascual, interrumpió Luis, ¿tienes noticias de nuestro antiguo director?

— Sí, contestó el interpelado. Aun desempeña el mismo puesto. Él ha sido el alma de estos cambios.

Incansable, reunía a los vecinos y les demostraba las ventajas de estas nuevas enseñanzas.

El vecindario respondió a sus solicitudes,

proveyendo de material y útiles necesarios los talleres de la escuela.

Si ustedes quieren, iremos por la tarde a visitarle.

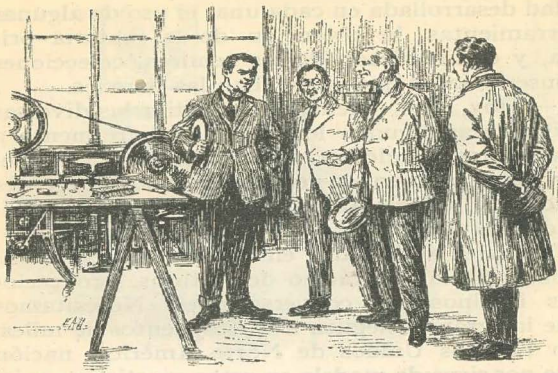
— ¡De acuerdo! manifestaron los amigos.

— Agradezco tu invitación, —dice Luis, pues siento grandes deseos de estrechar su mano paternal y de ponerle de manifiesto mi gratitud por sus sabios consejos y enseñanzas. Siempre le he recordado con cariño y sentiré gran placer al verle nuevamente.

Siendo ya las doce del día, les ruego que me acompañen a almorzar.

— A condición, agrega Pascual, de que esta noche cenén conmigo.

Los tres amigos se pusieron en marcha, sin que interrumpieran en el trayecto su animada conversación.



EN LA ESCUELA

A las quince, los exalumnos rodeaban al director, que celebraba jubilosamente la feliz ocurrencia del pacto. Se felicitaba asimismo de hallarse nuevamente entre ellos y de escuchar de sus propios labios el relato de su vida, desde que salieron de la escuela.

— Es fácil que pueda anotar, agregó el director, algunas enseñanzas para los niños de esta escuela. Y a este fin, os propongo como lugar de reunión, uno de los salones de esta casa.

Aceptado el ofrecimiento, el director los acompañó por las diferentes dependencias de la sección "talleres", explicando el objeto de la manua-

lidad desarrollada en cada una; el uso de algunas herramientas, la obtención de la materia prima, y el significado de los cuadros, colecciones e inscripciones que adornaban las paredes.

— Hoy, dijo, además de estudiar las diversas asignaturas, acuden los alumnos diariamente a los talleres, donde los maestros enseñan a manejar las herramientas necesarias en los diferentes oficios, y a fabricar objetos de verdadera utilidad para los niños.

También se imparte en la escuela la orientación agrícola por medio de lecturas, proyecciones luminosas y conversaciones. Necesitamos que las granjas lleguen a varios cientos de miles. En Estados Unidos de Norte América, nación que nos sirve de modelo en estas cuestiones, existen siete millones de granjas.

Con esta preparación, al salir el niño de la escuela primaria e ingresar en las profesionales, posee conocimientos generales sobre los diversos oficios y explotaciones rurales; advierte su utilidad y está en condiciones de elegir lo que más le agrade o responda mejor a su vocación.



LUIS Y SU HISTORIA

Instalados en la dirección, dispuestos a escuchar el relato de lo sucedido a cada uno, durante los catorce años, se resolvió fuera Luis quien contara su historia.

Este manifestó que daría lectura a sus memorias, algo extensas, pues había tenido buen cuidado de ir anotando en un cuaderno todo lo que creyó interesante para sus amigos.

— Varios de los capítulos, declaró, pasaron por manos del maestro de la localidad donde residido, quien, conocedor del objeto a que los destinaba, me ayudó en la tarea, facilitándome fragmentos de poesías y prosa que, intercalados

en el texto, hicieran más interesante y ameno mi diario.

Por eso figuran en él composiciones de diferentes autores.

Vivía en la ciudad con mi familia.

Mi padre sólo contaba para mantenernos con su empleo en una importante casa de comercio.

Cuando yo salí de la escuela, sentíase en mi hogar alguna escasez; la comida no era abundante, ni la vivienda tenía la holgura necesaria.

Con un ligero aumento de sueldo, y con mi entrada en la misma casa en que trabajaba mi padre, creímos asegurada nuestra situación. Pero no fué así, pues al cabo de unos meses, el encarecimiento del alquiler y de los artículos necesarios superó a los nuevos ingresos.

Mi padre estaba continuamente de mal humor, aun cuando trataba de ocultarlo, y sabíamos que era por la imposibilidad de procurar a su familia lo necesario.

Tenía yo en esa época quince años y considerábame todo un hombre de responsabilidad porque se me encomendaban misiones serias, tales como la cobranza de alguna cuenta o el atender al teléfono.

No es de extrañar, pues, que a veces también me permitiera opinar.

Cierta noche, al terminar nuestra modesta cena, hablaba mi padre de las necesidades cada vez mayores y de la falta de dinero para atenderlas. Con la mayor gravedad le propuse que nos

fuésemos al campo, y repetí en esta oportunidad las palabras que, como despedida, nos dijo el señor director.

Mi padre miróme fijamente y, después de un momento, agregó: El campo sería con seguridad la solución para nosotros; pero... ¿Cómo nos movemos? ¿A dónde iremos?

PROYECTOS Y REALIDADES

Nada pude contestar a las preguntas de mi padre, y aquella noche no dormí buscándoles solución.

Supe después que a todos los de la familia les había ocurrido otro tanto.

Al otro día, publicó mi padre en un diario el siguiente aviso:

“Padre de familia, con esposa y varios hijos, desea dedicarse a las labores campestres. Amplias referencias”.

A mediodía llegó a casa un señor que, por su aspecto, demostraba ser hombre de negocios, y entabló animada conversación con mi padre.

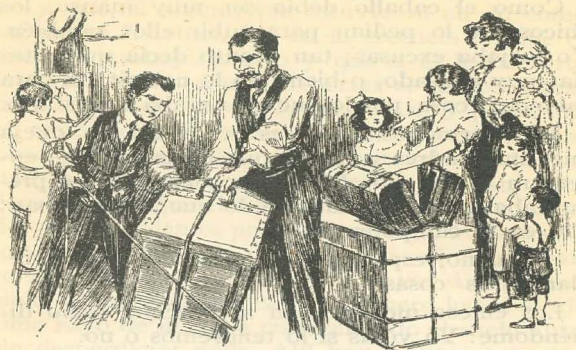
Después de la visita rodeamos a éste, cuyo rostro reflejaba gran alegría. A las preguntas que le dirigimos, contestó: ¡Nos vamos! Dentro de unos días, estaremos en el campo.

El señor que acudió al aviso era dueño de gran extensión de tierra. Proponía facilitarnos

parte de la propiedad con habitación, animales, semillas, y lo que fuere necesario. Llegada la época de la cosecha, mi padre partiría con el dueño el producto de la misma, pagaría los gastos y el sobrante quedaría como utilidad líquida, dependiendo en consecuencia de su trabajo el mayor o menor beneficio.

Por la tarde dimos cuenta al dueño de la casa donde trabajábamos de nuestra resolución. Lo lamentó mucho y quiso hacernos desistir; a este objeto propuso aumentarnos el sueldo; pero mi padre le manifestó su resolución de cumplir la palabra empeñada.

Y así lo hizo.



PREPARATIVOS

Aquellos últimos días fueron dedicados a empaquetar, encajonar y embalar los muebles y objetos de nuestra pertenencia.

Todos estábamos nerviosos deseando que llegara pronto el momento de abandonar la ciudad.

No conversábamos más que del campo y hacíamos la mar de proyectos para cuando nos encontráramos allá. Mis padres, desbordantes de alegría, nos distribuían el trabajo respectivo a varones y mujeres.

A mí, como hermano mayor y de más responsabilidad, se me había adjudicado el recorrer el campo a caballo, ir en busca de los animales y ejecutar algunos mandados.

Como el caballo debía ser muy manso, los chicos me lo pedían para subir ellos también. Yo forjaba excusas; tan pronto decía que estaría muy cansado, o bien que lo necesitaría para tal o cual cosa, por lo que me negaba a prestarlo.

Mis hermanos entonces recurrían en queja ante mis padres, a fin de que ordenasen les entregara el caballo. Mi padre sonreía y les preguntaba y, ¿dónde está? A lo que contestaban: allá en el campo.

— Bueno, esperemos a llegar allá para arreglar estas cosas.

Los chicos me miraban satisfechos como diciéndome: Ya verás si lo tendremos o no.

Todo estaba listo. Sólo faltaba pasar la última noche para envolver los colchones y levantar las camas.

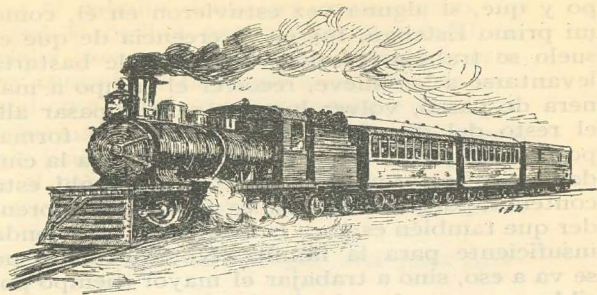
Mi padre pasaba parte del tiempo fuera de casa, arreglando sus asuntos y participando a los parientes y amigos su resolución. Algunos le felicitaban por su decisión; en cambio otros le aconsejaban que no se moviese, y le pintaban la vida del campo como llena de sacrificios estériles. Los escuchaba con toda paciencia, manifestándoles al final que no desistiría.

Por la noche, al contar en la mesa sus visitas y conversaciones, solía decir: ¡Cuánto mejor harían todos éstos en callarse! Los consejos deben aceptarse cuando provienen de personas entendidas, y no de ignorantes que desconocen el cam-

po y que, si alguna vez estuvieron en él, como mi primo Esteban, fué en la creencia de que el suelo se trabajaría solo y que a él le bastaría levantarse a las nueve, recorrer el campo a manera de paseo, volver luego a casa y pasar allí el resto del día. Naturalmente, en esa forma, poco podía progresar, y tuvo que volver a la ciudad, a buscar nuevamente empleo, y ahí está contento, porque el trabajo es poco, sin comprender que también es poca la comida, y la vivienda insuficiente para la familia. No; al campo no se va a eso, sino a trabajar el mayor tiempo posible, a aprovechar desde el primero hasta el último rayo de luz; y a cultivar todo el suelo apto sin desperdiciar nada. Allí hay trabajo para todos, hombres y mujeres, grandes y chicos.

La tierra generosa y la naturaleza pródiga, brindan las riquezas de su seno al que sabe arrancarlas con inteligencia y afán.

Eso procuraremos hacer nosotros, y aunque es cierto que al principio la labor será ruda y el cansancio grande, ya llegará el tiempo del descanso, en que miraremos el porvenir sin intranquilidad, pues habremos asegurado nuestra existencia.



EN VIAJE

Llegó el tan deseado día de la partida. A las cuatro de la mañana estábamos ya en pie, pues el tren debía partir a las ocho y treinta.

Papá y yo ayudamos a cargar todas las cosas que debían ser llevadas hasta la estación. A las siete abandonábamos la casa y nos dirigíamos a tomar el tren.

A las ocho estábamos ya instalados en un vagón de segunda clase.

Al arrancar la máquina, no pude menos de lanzar un grito: ¡tan grande era la impaciencia con que esperaba la llegada de aquel momento!

Pesadamente salió el tren de los andenes, cruzando una intrincada red de vías; después, con mayor velocidad, fué dejando atrás las últimas casas de la ciudad. Aparecieron los terrenos

baldíos interrumpidos por nuevas construcciones, pequeñas quintas, y casas con jardín y huerta. Seguíamos avanzando con mayor rapidez. Quedaban atrás varias estaciones, en que no se detenía el tren.

Mis hermanitos menores preguntaban a cada rato: ¿Ya llegamos? ¿Cómo hace la máquina para caminar? Y al ver caballos, vacas y ovejas en los potreros, querían saber si los nuestros serían como aquéllos.

Después de una hora de viaje, detúvose el tren en una estación, circunstancia que aproveché para observar desde la ventanilla, pues era la primera vez que recorría un trayecto tan largo.

A partir de aquel punto, a ambos lados de la vía, extendíase el campo, con animales en unos casos, y con señales de haber sido dedicado a la agricultura, en otros. A lo lejos unas veces, y cerca otras, veíanse las viviendas.

Estas eran muy diferentes; de material o de barro y paja; rodeadas de arboledas unas, y otras no.

— Parece mentira, decía mi padre, que la gente que vive en esas casas desoladas, no haya tenido tiempo de poner una planta. Seguramente ignorarán el placer de sentarse a su sombra, de saborear sus frutos, y de disponer en invierno de la leña suficiente para atenuar las inclemencias del tiempo. Es increíble que existan aún en la campaña personas tan despreocupadas

que, en diez, quince o veinte años, no hayan introducido ninguna mejora.

El tren proseguía. Las estaciones eran cada vez más solitarias y distantes. Con gran contento supimos, por el encargado del tren, que se acercaba el término de nuestro viaje.

Habíamos llegado después de siete horas. Descendimos, y, tan pronto como fueron bajados nuestros equipajes, se puso el tren en marcha, dejándonos rodeados de nuestros bultos, con la sensación de estar solos en aquella inmensidad.

Las pocas personas que allí estaban, nos miraban con cierta curiosidad.

Dirigimos la vista en torno, tratando de abarcar el paisaje en su mayor amplitud.

Mi padre buscó al propietario, que nos esperaba allí, y al cabo de un rato volvió con él.

Después de saludarnos, nos indicó que podíamos cargar el equipaje en un carro, partiendo luego en un carruaje para la chacra.



LA CHACRA

En dos horas recorrimos los veinte kilómetros que separaban la chacra del pueblo.

Al principio del camino y a continuación de las últimas casas de la población, sucedíanse las huertas, extensas unas y reducidas otras, que ofrecían a la vista, en cuadros simétricos cuidadosamente atendidos, verduras de todas clases. Seguían luego extensiones mayores, en las que se veía pastar el ganado.

A nuestro paso, los animales que se hallaban junto a los alambrados, dejaban de comer para mirarnos, circunstancia aprovechada por mis hermanitos para dirigirles la palabra, comunicándoles que nos íbamos a quedar allí. Y al dejarlos atrás les hacían señas gritándoles: ¡adiós!

A las tres leguas, encontramos un arroyo que atravesaba el camino y que carecía de puente. Al entrar los caballos en el agua, quedamos silenciosos, presa del miedo. El cochero, hombre

práctico, nos dió ánimos, manifestándonos que ya, por la mañana, había hecho ese mismo recorrido sin ningún inconveniente.

Al hundirse las ruedas en el barro, inclinando el vehículo tan pronto a un lado como a otro, procuramos asirnos a las maderas y hierros lo más fuertemente posible.

Con toda felicidad salimos a la otra orilla, y al dirigir después la mirada hacia atrás nos considerábamos casi héroes por haber realizado tal hazaña.

Sin mayores inconvenientes nos encontramos al fin en la chacra. Allí nos esperaba el mismo señor que estaba en la estación, y que en su automóvil, y por otro camino, había llegado con anterioridad.

Descendimos del coche y, mientras mi papá conversaba con el dueño, nosotros nos paseábamos, pues teníamos las piernas entumidas por la inmovilidad del trayecto.

Cuando el señor se alejó en su automóvil, rodeamos a papá. Este, sonriente y de buen humor, nos dijo:

— Bueno muchachos, ya estamos en la chacra. Por hoy nos arreglaremos de cualquier modo, mañana lo dispondremos mejor.

Descargamos los muebles y cajones de los carros y los distribuímos en las piezas.

Al terminar, y después de comer unos fiambres, nos acostamos rendidos por las tareas del día.



LA AURORA

A la mañana siguiente, tan pronto como se infiltraron por las rendijas los primeros rayos de luz, saltamos de la cama, deseosos de salir al campo.

Los más pequeños preguntaban a gritos si estaban ya los caballos y si se los iban a prestar.

Al abrir las puertas, se presentó ante mi vista un espectáculo deslumbrante.

Por el oriente, el cielo se teñía con tintes rojizos que salpicaban acá y allá las nubes cercanas. A medida que la coloración aumentaba, vinieron a herir mis ojos los primeros rayos del sol.

Acudieron entonces a mi memoria unos versos aprendidos en la escuela y empecé a recitar con entusiasmo:

Blando céfiro mueve sus alas
empapadas en fresco rocío..

De la noche el alcázar sombrío
dulce alondra se atreve a turbar..
Las estrellas cual sueño, se borran
Sólo brilla magnífica una...
¡Es el astro del alba! La luna
ya descende, durmiéndose, al mar
Amanece: la raya del cielo
luce trémula cinta de plata,
que, trocada en fulgente escarlata
esclarece la bóveda azul;
y montañas y selvas y ríos,
y del campo la mágica alfombra
roto el negro capuz de la sombra
muestran nieblas de cándido azul.
¡Es el día! Los pájaros todos
lo saludan con arpa sonora,
y arboledas y cúspides dora
el intenso lejano arrebol.
El oriente se incendia en colores...
Los colores en vívida lumbre...
Y por cima del áspera cumbre
sale el disco inflamado del sol!

Versos de PEDRO ANTONIO DE ALARCON.



VIDA NUEVA

Contemplaba conmovido el campo, cuando vi acercarse a nuestra casa unos hombres que traían una vaca con su ternero y varios caballos.

Transmití la noticia, y al salir a su encuentro, nuestro saludo fué un grito de alegría.

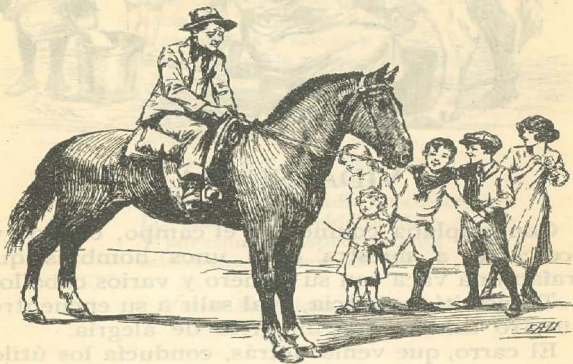
El carro, que venía detrás, conducía los útiles de labranza y arneses para los caballos.

Una vez descargado, la atención de todos se concentró en la vaca, pues según los que la arrearban, debía ordeñarse en seguida y luego llevarla al campo, al sitio en que hubiera mejores pastos.

Atamos el animal a un poste, y por precaución, siguiendo las indicaciones de los conductores, procedimos a manearla, a fin de que no pudiera hacer movimientos que imposibilitaran la operación.

La encargada de ordeñarla era mi madre. Nunca lo había hecho; pero, de acuerdo con las indicaciones de mi padre, según el cual todo consistía en empezar, se resolvió a ello.

La familia estaba allí reunida, y al caer los primeros chorros de leche en el balde, fué tal



nuestra alegría, que saltamos y gritamos tanto, que papá nos amenazó con hacernos retirar si no nos moderábamos, pues habíamos asustado a la vaca.

Terminada aquella faena, todos queríamos ayudar a llevar el balde hasta la cocina.

— Ahora sí que tomaremos leche pura sin temor de ninguna especie, exclamaba mi padre.

Mientras preparaban el desayuno, fuimos a ensillar dos caballos para salir a conocer el campo.

Uno de los peones del dueño, el que condujo los animales, se había quedado con nosotros para darnos algunas instrucciones respecto a lo que debíamos hacer.

Guiados por él, ensillamos; en adelante yo sabía hacerlo solo.

Tomamos el desayuno y, después de haber prometido formalmente a los chicos que a la vuelta los dejaría montar, partí en el caballo que me habían destinado. Saludó al nuevo jinete una manifestación estruendosa.

Yo iba muy serio, con las riendas en la mano, temeroso de que el caballo fuese a dispararse. Pero éste era muy manso, y sólo por voluntad mía se puso en marcha.



EL PRIMER GOLPE DE AZADON

Según las indicaciones recibidas por mi padre, la preparación del campo para la siembra debía empezar un mes después de nuestra llegada.

Este intervalo de tiempo serviría para delinear un jardincito al frente de la casa, e iniciar el cultivo de la huerta.

Habíamos trazado en un papel el plano de distribución de la tierra. Círculos óvalos, paralelogramos, eran las figuras de los canteros, dejando entre ellos espacios para las calles.

Con hilos y algunos palos, que colocábamos a

manera de jalones, trasladamos a la tierra las figuras del papel.

Todos colaboraban en la tarea; quién sosteniendo las maderas, quién corriendo el hilo, pues ninguno se hubiese conformado con permanecer allí inactivo; el trabajo era alegría y placer.

Mi padre dió la primera palada. La tierra pareció resistirse; pero ante la insistencia y la fuerza de un nuevo golpe cedió, dejando a la vista la riqueza de su composición.

Con alguna dificultad inicié yo la tarea de roturar la tierra; al cabo de un rato, estaba ya más familiarizado con la pala, y ésta respondía mejor a mi mandato.

El rastrillo era de más fácil manejo y daba gusto ver cómo, al deslizar sus dientes por entre los terrones y la tierra revuelta, conseguía nivelarla.

Al llegar la noche, estaban en condiciones de recibir la semilla varios canteros, que rompían la monotonía del frente con sus geométricas figuras.

Los siguientes días fueron empleados en la misma tarea.

La operación de hacer los almácigos constituía motivo de curiosidad para toda la familia.

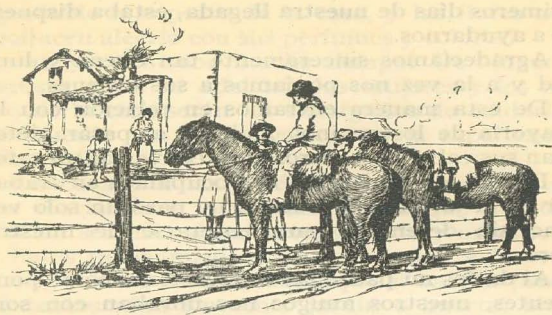
Los hermanitos menores y yo no nos conformábamos con que la simiente fuese sembrada en sitios tan reducidos, dejando la mayor parte de la tierra preparada, sin aprovechar; pero mi pa-

dre nos explicó que era necesario proceder así, y que esto no era definitivo; pues una vez que las plantas naciesen y hubieran crecido algo, se las trasplantaría a sitios más amplios.

Sólo debía procurarse que no les faltase agua.

En una semana se terminó la preparación del jardín y la huerta. Las semillas enterradas se transformarían en plantas verdes y lozanas.





NUESTROS VECINOS

Nuestros vecinos eran los pobladores de las otras chacras, puestos, ranchos y alquerías cercanos.

A decir verdad, no se hallaban muy próximos, pues nos separaban diez, quince, veinte y más cuadras. Sin embargo, éstas no son grandes distancias en el campo; y como nuestra casa estaba junto al camino que nos unía a todos, era el paso obligado de los que se dirigían al pueblo, al almacén o a las demás chacras.

Como la gente del campo es por lo general muy atenta y servicial, nadie pasaba por delante de nosotros sin dar los buenos días o las buenas tardes. Más de uno llegó hasta casa a manifestarnos que, si en algo podía servirnos en aquellos

primeros días de nuestra llegada, estaba dispuesto a ayudarnos.

Agradecíamos sinceramente tan buena voluntad y a la vez nos poníamos a sus órdenes.

De esta manera entramos en relación con la mayoría de los vecinos, quienes al pasar, detenían sus caballos o carros para conversar un rato.

De ahí que, mientras nos ocupamos en trabajar en el jardín y la huerta, no pasó un solo vecino sin detenerse para enterarse de nuestra obra.

Al darles mi padre las explicaciones correspondientes, nuestros amigos nos miraban con sorpresa, y hubo más de uno que creyéndose equivocados, nos manifestó que era aquel un trabajo inútil y que ningún provecho nos reportaría, ocupándonos en cambio la mayor parte del tiempo. Para reforzar sus opiniones nos incitaban a recorrer las chacras y ranchos donde comprobaríamos que en ninguno había huerta ni jardín.

Aquí, en el campo, decían podemos pasar muy bien sin flores, amigo, y si queremos comer yuyos, hay bastantes por todas partes.

Mi padre sonreía ante aquellos argumentos, pues estaba convencido de que los que así hablaban, no lo hacían por maldad ni por envidia, sino únicamente porque eran rutinarios, y les parecía que las tareas campestres debían ser siempre las mismas y hechas a la vieja usanza.

— ¿Por qué, les decía, no hemos de tener un jardincito, cuando éste contribuye a hacer más

agradable el aspecto de la casa, y las flores nos producen alegría con sus perfumes y colores?

— ¿Que nos roba mucho tiempo? De ninguna manera, pues en adelante las mujeres y los niños de la casa serán los encargados de cuidarlo, de acuerdo con las indicaciones y la experiencia adquirida.

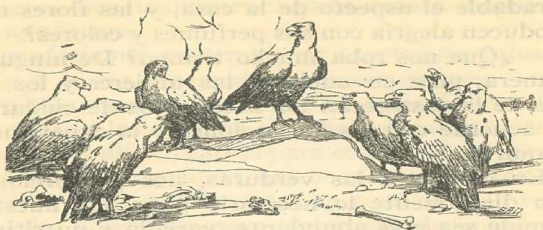
En cuanto a las verduras, nos proporcionarán diariamente lo necesario para que nuestra comida sea más abundante, variada y nutritiva.

Estos razonamientos no convencían a los vecinos, quienes manifestaban que si habían pasado tantos años sin tener jardín o huerta, bien podrían seguir viviendo así.

Mi padre solía decir entonces:

— Ya se convencerán, cuando vean con sus propios ojos este páramo, transformado en un lugar de abundancia y alegría.

— Dejemos que obre el tiempo y ¡adelante!



EL NIDO DEL CARANCHO

En ciertas ocasiones y respondiendo a los argumentos de nuestros vecinos, mi padre solía repetirles la fábula siguiente, dejando que ellos sacaran las conclusiones a que se prestaba.

“Un carancho, causado de ver tratar con el consiguiente desprecio de “nido de carancho” todo lo que en este mundo anda desordenado, resolvió quitar de encima de su raza esta vergüenza; y se desveló, cavilando, calculando, gastando tiempo y dinero en inventar y perfeccionar modelos de nidos, a cual más cómodo, más higiénico, más bien arreglado bajo todo concepto, hasta conseguir uno que llenase todas las condiciones deseables.

Cuando le pareció haber completado su obra, resolvió presentarla a la gran asamblea anual de los caranchos que se suele juntar en la primavera alrededor de una laguna, en la Pampa del Sur.

Empezó por preparar los ánimos con un dis-

curso bien pensado, sensato y ponderoso, declarando que una rutina secular en la confección absurda de los nidos destinados a sus hijos, había condenado a los caranchos a servir de lema al desorden y al barullo. Y enseñó a la concurrencia el modelo de nido perfeccionado, de su invención, que tantos desvelos le había costado. Explicó cómo se debía construir, acomodar y cuidar, asegurando que el uso de este nido por todos los caranchos los pondría a la cabeza de la civilización pajarera. Creía el pobre que lo iban a aclamar; que todos iban a celebrar entusiasmados su genio inmortal y su gloria sin par.

Primero, no hubo más que un murmullo de satisfacción cuando terminó el discurso, que había sido algo largo; y algunos tímidos y escasos elogios y con restricciones por el mucho trabajo que le había de haber costado la construcción del modelo, muy bien ideado, por cierto, pero... y empezaron las críticas, y no faltaron entre la gente joven y poco seria algunas risas, porque siempre lo que es nuevo parece ridículo.

Uno encontró absurdo el tener un reparo contra la intemperie; los antepasados habían empollado al aire libre y no había más que hacer lo mismo que ellos. Por lo de tener una especie de canasto bien tejido con mimbre en vez del manojo de brusquillas mal arregladas que hasta hoy habían usado, les parecía, en general, una idea temeraria; pues no todos los caranchos sabrían tejer, y esto traería forzosamente com-

plicaciones en los hogares y quizá en toda la República.

En cuanto a forrar con lana, cerda, plumas y hojas secas el fondo del nido para tener mejor los huevos, y sobre todo los pichones al nacer, ni pensarlo. Los caranchos, acostumbrados desde miles de generaciones a tener cuando empo-llan, palitos y espinas que les entran en las car-nes por todos lados, comodidad que completan la lluvia y el sol en el lomo y las corrientes de aire por debajo, no podían, sin cometer una locura y hasta un crimen, repudiar las costumbres here-dadas de los antepasados. Un orador fogoso ha-bló de atentado a la constitución y los ánimos se fueron sobreexcitando poco a poco de tal modo, que por poco escapó el malhadado reformador de ser muerto a picotazos.

(*Fábula de GODOFREDO DAIREAUX*).



BUENOS AUGURIOS

Quince días después de nuestra llegada, recibimos la visita del dueño del campo, quien se mostró gratamente impresionado por el nuevo aspecto que iba adquiriendo la casa con su jardín y huerta, y las diversas refacciones hechas tanto en el interior como en el exterior del edificio.

Realizada la inspección, se dirigió a mi padre: — Muy bien, amigo, dijo. Me creo autorizado para manifestarle que será usted un triunfa-

dor. En mi trato con numerosos colonos, he conseguido una gran experiencia, sobre los resultados que obtendría cada uno en la chacra, bastándome para pronosticar, ver el trabajo realizado en un breve lapso de tiempo.

Hay muchos que creen que el bienestar en el campo se consigue con muy poco trabajo. Estos, al cabo de un tiempo, relativamente corto, se ven obligados a dejar la chacra, pues no les produce lo suficiente para pagar los gastos y van a colocarse de peones o gañanes en otra parte. Se dirigen al pueblo o a la ciudad y aumentan las filas de gente sin oficio, que hoy trabaja en una casa y mañana en otra, sin conseguir jamás lo necesario para vivir. Pasan una vida llena de miserias y, si tienen familia, ésta debe participar de sus privaciones y penurias.

Otros hay que, con disposición para el trabajo, no consiguen sino cubrir los gastos, sin obtener mayor utilidad. Estos son los rutinarios, que a modo de los caranchos de la fábula, no se deciden a poner en práctica los consejos de las personas entendidas, a fin de obtener mayores rendimientos. Tampoco quieren dedicar los ratos perdidos o los días libres que les dejan las faenas del campo, a los pequeños cultivos de la huerta, plantación de árboles y cría de aves; tareas en las que podrían secundarlos sus esposas, hijas e hijos menores.

Pero no quieren entender y todo lo esperan del cereal.

Los que progresan y van siempre adelante son aquellos que, como usted, aprovechan el tiempo y el suelo. Obteniendo parte de los alimentos en su propia casa, los gastos disminuyen y la alimentación es mejor; y el hombre alegre y bien alimentado produce una labor de mayor rendimiento.

Por mi parte estoy dispuesto a ampliarle el crédito, pues lo considero capaz de cumplir todos los compromisos contraídos. Mañana puede pasar por mi casa a fin de cumplirle mi oferta.

EL PLANTER AVICOLA

La vida en una estúpida casa rodeada de jardines. La quinta y la huerta, algo más reticadas, están por su inmundicia de árboles de todas clases y en diversidad de verduras. En un extremo, el gallo entra en un campo labrado, estalla el gallo pero, a él nos dirigimos por indicación del pío pío y escogimos allí, para llevarnoslos, diez gallinas y un gallo, un par de botaneros. En un sitio sumamente abrigado, protegido por triple cintura de árboles, quedamos el no-



EL PLANTEL AVICOLA

Al día siguiente concurrimos a la cita del dueño.

Vivía en una amplia casa rodeada de jardines. La quinta y la huerta, algo más retiradas, atraían por su infinidad de árboles de todas clases y su diversidad de verduras. En un extremo, a la entrada de un campo alfalfado, estaba el gallinero. A él nos dirigimos por indicación del propietario, y escogimos allí, para llevárnoslos, diez gallinas y un gallo.

En un sitio sumamente abrigado, protegido por triple cintura de árboles, esperaban el mo-

mento del trasplante, gran cantidad de frutales y plantas de sombra.

Nos contentamos con indicar la cantidad que de cada uno llevaríamos después, por cuanto, según manifestaciones del quintero, aun no era época propicia para su trasplante.

De allí nos dirigimos a los galpones y de uno de ellos trasladamos al carro que nos esperaba, algunos postes, tablones, alambre tejido y chapas de zinc, materiales necesarios para la construcción del gallinero y de una pocilga para dos marranitos que nos fueron entregados.

Una vez cargadas varias bolsas de maíz y afrechillo, emprendimos el regreso.

Al llegar a casa, toda la familia nos esperaba en la puerta, deseosa de ver cuanto antes lo que conducíamos.

La descarga de los animales fué saludada con una gritería ensordecedora. Nadie se conformaba con mirar; y los animales sintieron sobre sus lomos las caricias de los grandes y los chicos.

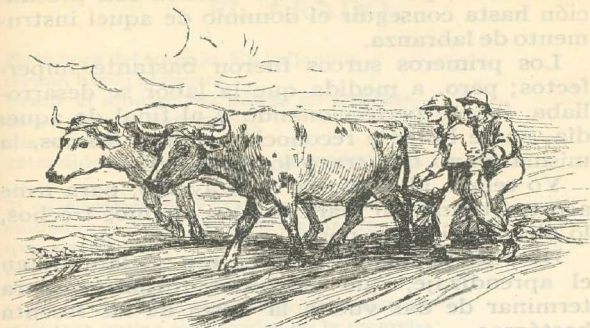
Inmediatamente procedimos a establecer el gallinero y la pocilga en el sitio elegido con ese objeto.

Mi padre conversó con un antiguo vecino respecto a la dirección de los vientos fuertes que soplaban en el lugar. Más tarde me manifestó que era necesario tener muy en cuenta aquellos elementos para disponer el abrigo de los animales.

Los beneficios que nos reportarían los nuevos

huéspedes fueron apreciados en seguida, pues por la tarde uno de los chicos, con gran algazara y contento, recogió el primer huevo que, con otro puesto más tarde, dió variedad a nuestra comida

Aquel modesto plantel de gallinas fué la base de nuestro futuro criadero, uno de los más poblados de toda la región.



EN EL SURCO

Llegó la época de preparar el campo para que recibiera la semilla.

Simultáneamente toda la región dió principio a la tarea de arar, después de una gran lluvia.

Aprecié entonces uno de los beneficios del agua que, al caer sobre la tierra dura, la ablanda, permitiendo a la reja del arado y a los bueyes o caballos avanzar sin mayor esfuerzo.

La mañana fijada para empezar la tarea, nos levantamos más temprano que de costumbre.

Listo el arado, nos dirigimos al sitio en que se abriría el primer surco.

Una vez allá levantamos el arado y clavamos la reja en el suelo.

Agujados los bueyes, se pusieron en marcha

lentemente, pues mi padre obraba con precaución hasta conseguir el dominio de aquel instrumento de labranza.

Los primeros surcos fueron bastante imperfectos; pero, a medida que la labor se desarrollaba, íbanse perfeccionando y al final de aquel día, nadie hubiese reconocido en los últimos, la misma mano que trazó los primeros.

Yo seguía al arado en su trayecto, para irme acostumbrando al manejo, y en algunos trechos, lo dirigía, vigilado por mi padre.

Después de dos días estaba tan adelantado en el aprendizaje, que podíamos turnarnos para terminar de dar vuelta la tierra de las sesenta hectáreas.

Concluida la operación del rastreo, la tierra quedó lista para recibir la simiente.

Con la siembra, y una nueva pasada de rastro para enterrar la semilla, terminamos la primera etapa. Sólo restaba esperar que la tierra generosa hiciese germinar la mayor parte de la semilla.

En los días que siguieron a la siembra, pude apreciar por segunda vez los grandes beneficios de la lluvia; todos los vecinos se felicitaban mutuamente y nos felicitaban, pues el agua caída contribuiría a que la semilla germinase en buenas condiciones.

EL ARADO

Es la hora del trabajo. En la llanura
de una lívida blancura,
tiende el alba su luz pálida de ensueño,
como un velo vaporoso,
suavemente luminoso
extendido en las artísticas vaguedades de un diseño.

Y ya Ervar sueña y trabaja vigoroso
empuñando el timón fuerte del arado,
que arrastrado
por la yunta de robustos
bueyes marcha;
y Ervar sigue con su paso acompasado
mientras crujen sus pisadas en la escarcha;
en la escarcha que refleja palideces invernales
cuyos límpidos cristales
se asemejan, suspendidos
de las ramas taciturnas
de los frágiles arbustos,
a caireles desprendidos
por el vuelo de las horas en la fiesta de la sombra;
a caireles desprendidos de las lámparas nocturnas.

Ervar marcha por la alfombra
blanca y fría que el invierno desplegó para su danza.
Se abre el surco como un tajo
sobre el rostro de la pálida llanura,
que escarchada, se asemeja
a una página muy grande de poética blancura;
y parece que la reja
con sus surcos paralelos,
paralelamente iguales,
escribiera allí el poema de sus fervidos anhelos,
esculpiera allí un poema en estrofas inmortales.

Cada surco es como un verso,
como un verso en el que vibra la canción del universo,
el poema Germinal;
se abre un surco, que es un verso, y se entierra una armonía
y la tierra la fecunda, la convierte en poesía,
y alimenta con el jugo de su seno maternal

Ervar canta:

“Noble arado, tú eres fuerte;
sí, más fuerte que la espada fraticida;
ésta mata, tú redimes;
tus conquistas son más grandes, más sublimes;
las cosechas de la espada son cosechas de la Muerte,
tus cosechas son las mieses opulentas de la Vida.

Si fulguran la espadas es que el odio las inflama,
y cuando odian se enrojecen
en los trágicos encuentros de la guerra;
y tú brillas, noble arado, y tus rejas resplandecen
como espejos que ha brufido la caricia de la tierra:
de esa tierra que fecundas
con tu beso;
de esa tierra que te ama
porque sabe que en tus líneas paralelas y profundas
vas trazando la leyenda del progreso”

CARLOS ORTIZ.





OBSERVACIONES METEOROLOGICAS

Ciertas frases lanzadas por algunos vecinos, a modo de profecía, sobre las probalidades del tiempo, habían despertado mi curiosidad.

Unas veces decían que el viento *iba a sacar agua*; otras, que *tal nube traería lluvia*; quien manifestaba que *viento norte y sur oscuro, aguacero seguro*, etc.

En un principio, me divertían aquellas predicciones fundadas en las nubes, vientos y temperatura y las consideraba desprovistas de toda verdad; pero, al comprobar más de una vez, cómo se realizaban, presté mayor atención y procuré investigar si obedecían a determinados principios, de tal modo que permitiesen comprobar con anticipación el tiempo probable.

Comprendí que aquellas gentes hacían sus predicciones de acuerdo con la experiencia adquirida, ya que su vida de campo estaba en relación íntima con los elementos atmosféricos que, si los beneficiaban en unos casos, les eran per-

judiciales en otros; y en esa lucha defensiva, adquirieron seguramente su experiencia.



Recordé en tal oportunidad que, entre mis libros de estudiante, figuraba una física, regalo de un tío mío, conocedor de mi afi-

ción a dicha materia. Sabía yo que en ella se citaban y describían algunos aparatos, útiles para el objeto que me proponía.



Como resultado de su estudio, supe cuáles eran los elementos que se debían tener en cuenta y medir, para conocer, por sus indicaciones, las probables variaciones del tiempo con alguna anticipación.

Estos elementos son:

La presión atmosférica, o presión del aire sobre los cuerpos, que se mide con el barómetro.

La dirección y velocidad de los vientos, indicados por la veleta y un aparato giratorio denominado anemómetro.



La temperatura, cuya medida suministra el termómetro.



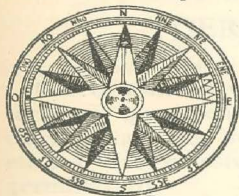
La forma y movimiento de las nubes.
El grado de humedad del aire, determinado por el higrómetro.

Si el barómetro sube o baja, indicará bueno o mal tiempo respectivamente. Por el grado de humedad del aire, esto es, según sea seco o húmedo, se conocerá si existen probalidades de buen o mal tiempo. Un descenso en la temperatura anunciará cambio de tiempo.

Por regla general, anticipándose a una tormenta o lluvia, el termómetro sube, es decir, se siente ma-



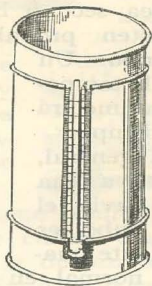
yor calor que el normal en esa época. Este calor contribuye a que se efectúe mayor evaporación de agua; si el vapor que se eleva encuentra en su ascensión un viento frío, éste lo condensa, se forman las nubes y se precipita en forma de lluvia. El termómetro habrá indicado tal cambio, descendiendo bruscamente.

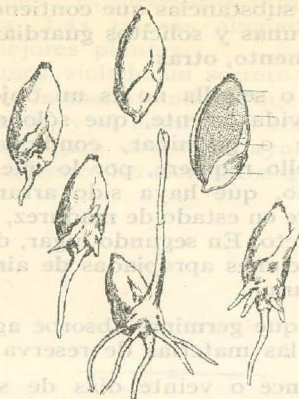


La lluvia viene a ser así, el resultado del cho-

que del aire caliente impregnado de vapor de agua, con un viento frío.

También es útil conocer la cantidad de agua caída durante la lluvia y calcular la profundidad de su penetración en la tierra. Nos lo indica un aparato sumamente sencillo, el pluviómetro.





GERMINACION

Descorramos el velo, lleno de silencio y de misterio, en que se envuelve la semilla para producir el milagro de su transformación y sigamos, en los días sucesivos a la siembra, el proceso germinativo.

Observemos un grano de trigo y penetremos en él, con los ojos de la ciencia, para conocer en

su aparente sencillez y homogeneidad, las diversas partes y sustancias que contiene, generadoras de vida unas y solícitos guardianes y almacenes de alimento, otras.

El grano o semilla no es un objeto muerto, pues tiene vida latente, que sólo espera, para manifestarse o germinar, condiciones favorables. Para ello requiere, por lo que respecta al grano mismo, que haya sido arrancado de la planta madre en estado de madurez, y que se encuentre intacto. En segundo lugar, deberán concurrir condiciones apropiadas de aire, humedad y temperatura.

El grano que germina, absorbe agua y se alimenta con las materias de reserva del mismo.

A los quince o veinte días de sembrado, se inicia el crecimiento de la hoja, con lo que termina el período de germinación y continúa el desarrollo y vigor de la planta.

Suele suceder que, a pesar de enterrarse un grano, no germina. Esto obedece a la falta de alguno de los factores indispensables para que el embrión inicie su vida activa.

La planta incipiente necesita ciertas sustancias químicas, que sólo puede tomar de la tierra con ayuda del agua y de una temperatura apropiada.

Si la tierra no posee estos elementos químicos

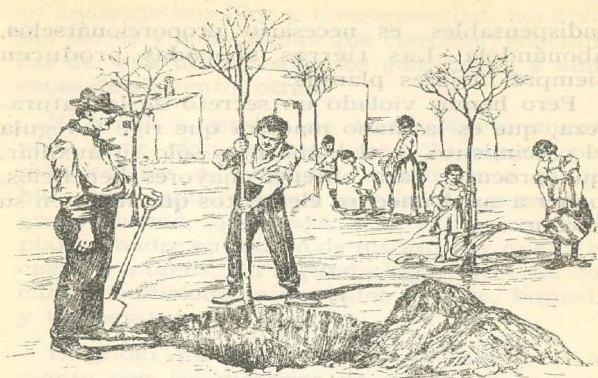
indispensables, es necesario proporcionárselos, abonándola. Las tierras abonadas producen siempre mejores plantas.

Pero hemos violado un secreto de la naturaleza, que es la mano maestra que rige y regula el crecimiento, y el hombre es sólo su auxiliar, que procura, para obtener mayores beneficios, poner a su alcance los elementos que faciliten su acción.



LA FIESTA DEL ARBOL

Después de haber estado un tiempo en la escuela, los niños van a la casa de sus padres. Allí, los padres les enseñan a trabajar en el campo. Les enseñan a sembrar, a regar, a cuidar las plantas. Les enseñan a ser buenos campesinos. Les enseñan a ser buenos ciudadanos. Les enseñan a ser buenos hombres.



LA FIESTA DEL ARBOL

Terminada la siembra del trigo, nos dispusimos a efectuar el trasplante de los árboles, desde el vivero del dueño a nuestra chacra.

Habíamos señalado ya el sitio para plantarlos, habiéndolo arado convenientemente antes de preparar los hoyos. Estos tenían un metro de profundidad y un diámetro de un metro y veinte centímetros más o menos, dejando entre uno y otro, una distancia de seis metros.

Después de dos semanas de abiertos, llegó el día de dar principio a la plantación, y fuimos en busca de las plantas elegidas meses atrás.

Diez eucaliptos, diez acacias, veinte durazneros, cinco perales, cinco ciruelos y cinco higueras fueron el principio de nuestro monte.

Al día de la plantación lo denominamos *Fiesta del árbol*, recordando la que celebrábamos con tal objeto en la escuela.

A la hora indicada, nos hallábamos en lo que sería más tarde la quinta, indicada por los hoyos abiertos.

Cada uno de nosotros separamos los árboles que debíamos plantar y cuidar, y, formando dos grupos, dimos comienzo a la fiesta, esto es, a la plantación de los árboles.

Rellenados los hoyos, alternando la tierra del suelo con la del subsuelo hasta dejar una profundidad de veinte centímetros, se colocaban los tutores destinados a sostener las plantas, ligándolos con ramitas de mimbre.

Cubríase luego la raíz con tierra bien desmenuzada, apisonándola a fin de llenar todos los espacios libres.

Terminada la tarea, quedaron en aquel sitio varias hileras de árboles en formación, que el tiempo y nuestro cuidado se encargarían de hacer crecer y fructificar. Ellos despertaban en mi memoria los versos del "Himno al árbol", que tantas veces había repetido en la escuela:

Y un día vendremos buscando su abrigo.
y sombras y flores y frutos dará.

AUMENTAN LAS AVES

A principios de septiembre algunas de nuestras gallinas cambiaron su método de vida; pasaban día y noche en los nidos, sobre los huevos que ponían las otras, resistiéndose a abandonarlos. Aquél y otros signos eran manifestaciones palpables de su estado de cloquera.

Fué necesario prepararles un lugar abrigado, fuera del gallinero, para que pudieran empollar en buenas condiciones.

Aprovechamos con este objeto una piececita que se hallaba en un extremo de la casa. Dispusimos varios nidos suficientemente protegidos de los vientos y las lluvias, y trasladamos a ellos durante la noche las gallinas cluecas a las que dejamos tapadas, vigilándolas durante el día siguiente, para comprobar si se habían acostumbrado al nuevo nido

Como nuestras gallinas eran pocas y necesitábamos muchos huevos para las cluecas, pues a cada una le poníamos once, trece o quince según su tamaño, comprábamos los que nos faltaban en las otras chacras.

Mi mamá y hermanos tenían especial cuidado de colocarles cerca agua limpia y maíz diariamente, para que comiesen y bebiesen al abandonar por un rato sus nidos.

A los veintiún días de acomodada la primera clueca contemplamos, batiendo palmas, los primeros pollitos nacidos en casa.

Al día siguiente, al levantarse la gallina con sus once polluelos, frotamos la cabeza de éstos con el dedo mojado en aceite, a fin de preservarlos de unos parásitos que suelen desarrollarse en aquel sitio, causándoles la muerte.

Esta operación, lo mismo que la de acomodar tan cuidadosamente las cluecas, no eran muy del agrado de nuestro vecinos, que nos decían era un trabajo inútil.

— Nosotros, argüían, dejamos que las gallinas se encluequen y empollen en el campo o donde les parezca mejor, y ellas mismas se encargan de volver a la casa cuando han sacado pollitos. Así, sin necesidad de que nos tomemos trabajo alguno, tenemos igualmente pollos y huevos.

— Eso es muy cierto, contestaba mi padre; pero dentro de dos meses los invito a que vengan a contar los pollos que yo tenga; yo, a mi vez, comprobaré lo que hubieran sacado sus gallinas, y

luego haremos los cálculos y veremos quién tiene razón.

El resultado obtenido fué el siguiente, en la mayoría de los casos; nuestros vecinos, que poseían triple número de gallinas con pollos, nos presentaron una cantidad de éstos igual a la que sacamos nosotros con la tercera parte.

Comprendían entonces que el trabajo realizado no era inútil, ya que estaba a la vista su compensación.



EN PRIMAVERA

Ha quedado expuesto el trabajo realizado desde nuestra llegada en marzo hasta mediados de septiembre, habiendo ejecutado las tareas propias del otoño e invierno.

Nuestra actividad habíase repartido entre el campo, la huerta, el monte, el jardín, las gallinas y los cerdos; las operaciones realizadas fueron arar, puntear, rastrear, sembrar, plantar, trasplantar, regar, escardar, carpir y aporcar.

Llegaron los primeros días templados de la primavera, y las plantas del jardín y de la quinta ofrecían un nuevo aspecto, al cubrirse de flores, llenando de alegría toda la casa.

En las habitaciones no faltaron desde entonces ramos vistosos y fragantes.

Aquel jardín constituía nuestro orgullo, pues no pasaba un solo vecino sin dirigirnos palabras de ponderación. Nos pedían al mismo tiempo algunas flores, que les dábamos complacidos.

La familia entera participaba por igual de tales elogios, ya que el jardín era obra de todos los de la casa.

Y cuando, en cualquiera de los ranchos o chacras, se celebraba alguna fiesta, llegaban sus moradores hasta nosotros a pedirnos flores.

De esta manera nuestra casa era mirada con singular simpatía; y nuestro modo de trabajar parecía menos ridículo a los rutinarios, pues iban apreciando, unos después de otros, los beneficios obtenidos.

Los que al principio sonreían irónicamente, no lo hacían ya; admitían la duda, el puede ser.

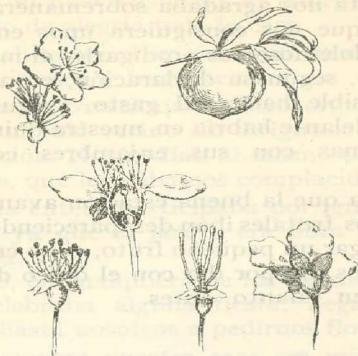
Más tarde, ante la realidad, tuvieron que confesar su error al juzgarnos tan ligeramente, creyendo que nadie podría hacer más ni mejor de lo que ellos habían hecho durante muchos años.

En presencia de tantas flores, mi padre exclamaba entusiasmado: ¡Con cuánta facilidad podríamos proporcionar alimento abundante a mu-

chos miles de abejas que se encargarían de fabricarnos miel!

Como ésta nos agradaba sobremanera, insistimos para que nos consiguiera unos enjambres, prometiéndole nosotros prodigarles el mayor cuidado. Pero, según su declaración, en aquel año no era posible hacer tal gasto, asegurándonos que más adelante habría en nuestra quinta algunas colmenas con sus enjambres correspondientes.

A medida que la buena estación avanzaba, las flores de los frutales iban desapareciendo, dejando en su lugar un pequeño fruto, cuyo crecimiento seguíamos día por día con el deseo de que se desarrollasen cuanto antes.



DE FLOR A FRUTO

A medida que la primavera avanzaba, las flores de los frutales caían y sus pétalos multicolores alfombraban el suelo.

Pero aquella caída no tenía el aspecto de un sacrificio ni una derrota. Habían realizado el destino que la sabia naturaleza les impuso; y volvían a la madre tierra a transformarse en nueva sustancia.

Su misión consistió, mientras alegraban la vista con sus matices y perfumaban el aire, en proteger los órganos escondidos en su interior, mientras éstos realizaban la fecundación, función indispensable para perpetuar la especie.

Penetremos en el interior de una flor, desgarrando el cáliz y la corola, y contemplemos sus órganos esenciales, el androceo y el pistilo.

En el primero encontraremos los estambres, filamentos con unas bolsitas, las anteras, en su parte superior. Dentro de ellas está el polen, polvo amarillento que desempeña papel importantísimo en la fecundación.

El pistilo se compone de carpelos. Cada uno de éstos comprende: el ovario o región abultada de la base; el estilo que une el ovario al estigma, parte terminal destinada a recibir el polen; se halla por lo general impregnado en una sustancia melosa segregada por los nectarios.

El grano de polen desprendido de la antera, cae al estigma. Allí se hincha y forma una prolongación que llega hasta los óvulos del ovario y los fecunda.

El ovario fecundado continúa su proceso; se transforma en fruto, en tanto que los óvulos se convierten en semillas.

Tal es la producción del fruto en las flores que poseen todos los órganos necesarios para la fecundación. Pero hay algunas que sólo tienen una clase determinada, y necesitan, por lo tanto,

agentes extraños que lleven el polen de las anteras de una al estigma de otra.

Estos agentes parecen ser el viento o los insectos. Entre éstos, las abejas son los mejores reguladores y distribuidores del polen.

Al penetrar en una flor, para llegar hasta los nectarios con su trompa, tanto sus miembros como su cuerpo, quedan cubiertos de polen y, al pasar a otra flor a repetir su operación, lo dejan sobre los estigmas.

Es costumbre de las abejas visitar, unas después de otras, las flores pertenecientes a una misma familia de plantas, con lo que aseguran la fecundación de los ovarios, y aumentan, en consecuencia, el número de frutos de las plantas.



LLEGAN ENEMIGOS

Volvíamos una tarde algo calurosa, de la parte del campo en que acabábamos de sembrar maíz, y al llegar a casa, nos encontramos con la novedad de que las hormigas estaban devorando el jardín. Nadie sabía de dónde habían venido ni quien las había invitado; pero lo cierto era que allí estaban tratando de apoderarse de lo que legítimamente nos pertenecía.

Sin perder tiempo, dimos la voz de alarma, y el grito de ¡guerra a las hormigas! fué pronunciado con una decisión que seguramente las hu-

biese hecho temblar y huir, si hubieran llegado a comprendernos.

Inmediatamente mis hermanos se armaron de palos y empezaron a sembrar el camino de animalitos sin vida; pero al momento una nueva hilera venía a llevar los claros dejados por las muertas.

— Así no las vamos a exterminar, dijo papá, pues son muy numerosas y se reproducen con facilidad en cantidades enormes. Hay que proceder de otra manera. Obsérvenlas en todo su trayecto, y cuando descubran los agujeros por los que entran y salen, coloquen una señal para reconocerlos en seguida. Fíjense bien porque suelen tener varios sitios por donde escapan en caso de ataque al hormiguero.

Esta tarea no fué tan rápida como en un principio creíamos, porque si bien algunas entraban en agujeros cercanos, otras recorrían distancias largas. Rodeaban unas veces la casa, y otras seguían a lo largo del camino.

Descubiertas las entradas de los hormigueros, ensanchamos con la pala su abertura y colocamos allí una mezcla de diez gramos de azúcar pulverizada con treinta gramos de arsénico. Como esta última es una substancia muy venenosa, no se permitía a nadie tenerla en su poder, encargándose sólo mi padre de aplicarla y guardarla en un cajón que cerraba con llave.

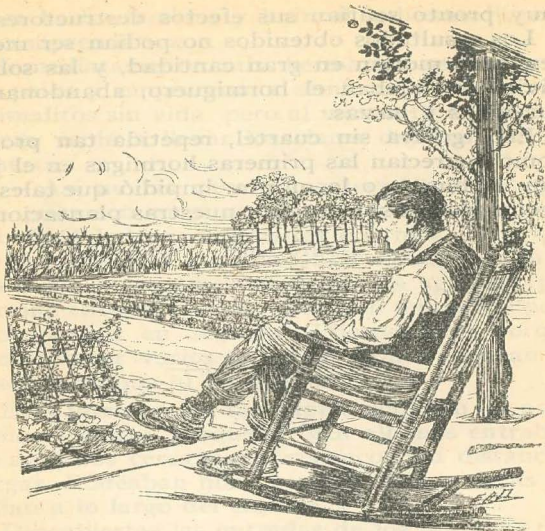
Las hormigas, que son muy golosas, se precipitaban a devorar esta mezcla azucarada; pero

muy pronto sentían sus efectos destructores.

Los resultados obtenidos no podían ser mejores, pues morían en gran cantidad, y las sobrevivientes dejaban el hormiguero, abandonando sus nidos y larvas.

Esta guerra sin cuartel, repetida tan pronto como aparecían las primeras hormigas en el jardín, la huerta o la quinta, impidió que tales insectos dañinos devorasen nuestras plantaciones.





ESPERANZAS

Llegaba el mes de noviembre trayéndonos halagadoras esperanzas. Bastaba dirigir la mirada en torno nuestro para comprobarlo.

El trigo había adquirido ya la mayor altura, y sus espigas, verdes aún, encerraban toda una promesa de abundante cosecha.

Las plantas de maíz, nacidas en inmejorables condiciones, prometían un crecimiento lozano. La alfalfa estaba ya lista para ser guadañada. La huerta había adquirido un nuevo aspecto con la enramada hecha para sostener las plantas de tomates.

Si la producción resultaba abundante, como lo dejaba entrever el vigor de las plantas, mi madre prepararía, para el consumo del año, salsa, conserva y dulce.

La quinta nos atraía particularmente. Aquellos arbolitos con sus frutos, ya grandes, nos hacían desear que pasase pronto el tiempo para poder saborearlos.

Los pollos, sin mayores contratiempos en su crecimiento, alegraban la casa con su pío, pío y sus carreras.

También crecían los cerdos, prometiéndonos para el próximo año un buen rendimiento.

Todo crecía, florecía y maduraba a nuestro alrededor. Eran los dones que la tierra brinda a los que saben extraer sus riquezas con el trabajo continuo e inteligente.

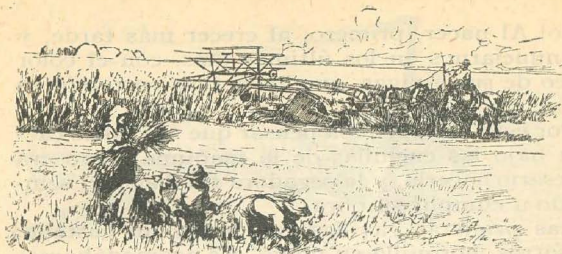
Dentro de un mes, la mayor parte de aquellas esperanzas y promesas se habrían convertido en grata realidad; y los que salimos de la ciudad, huyendo de la estrechez y la miseria, veríamos coronada tal resolución por la amplitud y la abundancia. Era el campo, el campo desierto e inculto que espera siempre a los hombres dis-

puestos, el que proporcionaba todos aquellos bienes.

Con entera verdad podían repetirse los versos del poeta Carlos Ortiz:

¡Cómo ríe la esperanza,
cómo canta la existencia sus canciones
cuando entona su romanza
con su acento todo lleno de promesas el trabajo;
y la vida pasa entonces en un vuelo prodigioso,
como un ave cuyas alas son dos alas de ilusiones;
y la vida entonces vuela
con el ritmo de un poema musicalmente armonioso
que un artífice cincela!





LA SIEGA

El sol de diciembre al inundar montes y sembrados, sazónaba los frutos y maduraba las mieses.

En el mes anterior mi padre había tomado las medidas necesarias para que, al llegar las espigas de trigo a la madurez, se procediera inmediatamente a su corte.

Con tal objeto el dueño mandaría la máquina segadora, un carro y un hombre práctico para emparvar.

En la mañana del quince, todo estaba listo para dar principio a la siega.

Con cierta emoción contemplamos por última vez aquel dorado triguero que, mecido por el viento, inclinaba sus espigas maduras, enviándonos un postrer saludo.

¡Cuántas satisfacciones nos había proporcio-

nado! Al nacer, primero, al crecer más tarde, y al anunciarnos en los últimos días, con el color áureo de sus espigas, que los granos entraban en sazón.

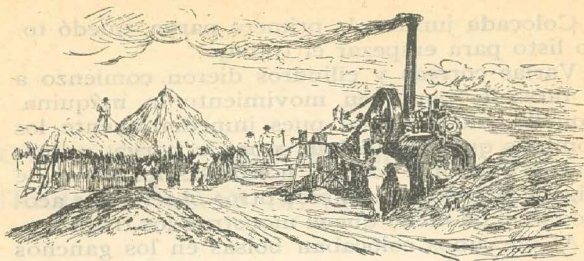
Por esto nos apenaba pensar que sus tallos caerían bajo las cuchillas de la máquina. Pero era necesario hacerlo, y la segadora fué hacia el sembrado a cumplir su obra.

Las primeras gavillas cayeron a un costado. Nosotros, horquilla en mano, las acomodábamos en el carro destinado a llevarlas hasta el sitio donde se había de levantar la primera parva.

La familia entera seguía en sus detalles la operación y ayudaba en la medida de sus fuerzas, para terminar lo más pronto posible, temerosa de que un aguacero pudiera mermar el rendimiento de aquella cosecha.

La parva, alimentada continuamente con las gavillas que llegaban, se alzaba del suelo cada vez más, y desde lejos parecía un nuevo rancho levantado en aquel campo.

Sucedíanse los días, y nuevas parvas surgían en lugares diferentes, a la espera de la trilladora que, al separar el grano, diese por terminadas las faenas del trigo.



LA TRILLA

Un ruido, como de algo pesado que avanzaba por el camino, vino a interrumpir nuestro desayuno.

Presentíamos la causa, por lo que abandonamos inmediatamente la mesa y nos lanzamos a la calle: era la trilladora que llegaba.

Era una mole enorme y pesada que se dirigía a nuestra casa.

Aguardamos impacientes el momento en que se hallara frente a nosotros para observar, de cerca, aquella máquina tan complicada y costosa, que venía a rematar el trabajo del año.

No resultó tarea fácil, por cierto, abarcar en todos sus detalles aquel complejo mecanismo; y sólo deseábamos verla en pleno funcionamiento.

Para que entrase al campo, tuvimos que retirar algunos postes y parte del alambrado.

Colocada junto a la primera parva, quedó todo listo para empezar el trabajo.

Varias correas y cilindros dieron comienzo a la tarea de poner en movimiento la máquina. Aquello era el aviso; pues inmediatamente los hombres que se hallaban sobre la parva, principiaron a arrojar con sus horquillas los haces de trigo a la trilladora, donde otros obreros los acomodaban de modo que el monstruo los tragara.

Al pie, unos colocaban bolsas en los ganchos para recibir los granos lanzados por un tubo; y a un lado otros ayudaban a retirar la paja.

El calor era intenso y nos quemaba el sol, pero esto no enturbiaba la alegría producida por el acrecentamiento de bolsas repletas del precioso grano.

Mi trabajo consistía en contralorear en la balanza el peso de las bolsas. Esa debía ser la base del cálculo para saber a cuánto ascendería el importe de su venta.

De las pilas, las bolsas pasaban a las chatas, que las conducirían a la estación. Allí se llenarían vagones que, agregados a los trenes de carga, partirían hacia las ciudades o puertos donde residían los compradores.

Terminada la trilla, la máquina fué conducida a otra chacra vecina.

Dedicamos los días siguientes a dar una enérgica rastreada a la tierra de labrantío, a fin de que creciera el pasto y sirviese de alimento a los animales.

RECOLECCIÓN Y TRANSFORMACIÓN DEL TRIGO A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS

El trigo es un cereal cultivado desde varios miles de años que ha proporcionado alimento a una parte de la humanidad.

Para cortar el trigo empleamos hoy máquinas segadoras; antes se utilizaba la hoz.



La trilla, o sea la separación del grano, se

efectuaba en otra época a palos, o empleando yeguas.



Sobre la parva que reseca brilla
alzan los mazos de la mies bronceada,
entre los corvos dientes de la horquilla
los que disponen la primer camada,
y comienzan las rondas de la trilla
bajo el casco fugaz de la yeguada,
que con su golpe rítmico y sonoro,
desmenuza la mies en hebras de oro.

CARLOS ROXLO.



La molienda, extracción de la harina del grano, se realizaba antiguamente por medio de conos de piedra que, al girar, movidos por varias

personas, trituraban el grano, que caía en forma de harina en el fondo, de donde se la recogía.

En los molinos de viento, se utilizaba este último como fuerza motriz, pues, al chocar con



las aspas o palas, las pone en movimiento, haciendo girar varias piezas, ligadas por correas o engranajes a las piedras trituradoras del interior, donde se muele el trigo.

LA CANCIÓN DEL MOLINO

(POR JOSÉ DE MATURANA)

El lento molino — juglar del camino —
rememora extintas leyendas al viento.
La cabalgadura descansa un momento.
Y oye el peregrino
la voz del molino

.....

Calló el alma vieja del molino lento,
la cabalgadura cobró el movimiento;
y, evocando el triste cantar del molino
por la carretera lloró el peregrino...



Sigue el agua su camino,
y al pasar por la arboleda
mueve impaciente la rueda
del solitario molino.

Cantan alegres
los molineros,
llevando el trigo
de los graneros;
trémula el agua
lenta camina;
rueda la rueda,
brotó la harina
¡y allá en el fondo
del caserío,
al par del hombre
trabaja el río!

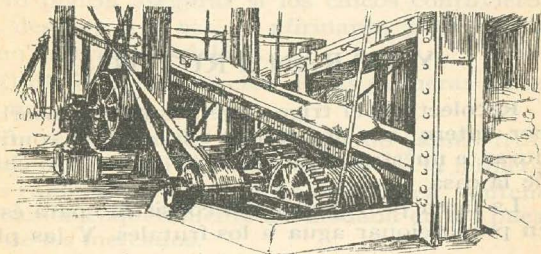
(GRILLO).



Hoy los molinos han perfeccionado sus maquinarias y ocupan grandes locales, preferentemente en las proximidades de los puertos.

Estos molinos compran, por medio de sus agentes, el trigo a los agricultores, y al exportarlo o convertirlo en harina, obtienen grandes ganancias.

Si en cada centro agrícola existiese un molino cooperativo, los agricultores obtendrían un beneficio mucho mayor de sus productos.





Y DARAN FRUTOS...

Recolectado el trigo, que nos había absorbido por entero, nos dedicamos a la quinta, confiada durante nuestra ausencia a las mujeres y chicos de la casa.

La tarea principal había consistido para éstos, en proporcionar agua a los frutales. Y las plan-

tas respondían a tan solícitos cuidados, pues aumentaba de día en día el volumen de sus frutos, que adquirirían una coloración de próxima madurez.

Durante nuestras recorridas examinábamos detenidamente los árboles y procurábamos descubrir la presencia de algunos insectos dañinos, que por esta época se instalan en los frutales.

Vigilábamos igualmente la distribución de los frutos en las ramas, y si algunas de éstas se resentían por su peso, acudíamos en su auxilio colocándoles sostenes para alivianar la carga.

La tarea más ardua consistía en convencer a los chicos de que no debían comer la fruta, sino en su completa sazón. Y al efecto, cada vez que se hablaba de ella en presencia de mis hermanitos, mi padre enumeraba los serios inconvenientes que ocasiona comer fruta verde.

No podría asegurar si los chicos contuvieron sus deseos; pero casi lo afirmarí, pues ningún signo exterior los delató.

El día de la recolección de las primeras frutas fué muy alegre.

No recordábamos haber comido jamás fruta igual, tan exquisita y sabrosa que no la hubiéramos cambiado por la que en otra época contemplábamos coquetamente acomodada en los puestos de los mercados.

Nuestra comida se completaba, y durante muchos días no faltó en la mesa una canasta llena de deleitosas frutas, regalo de las plantas que con toda dedicación y cariño habíamos cuidado.

¡Qué contraste entre la atención prodigada entonces al carozo, y la despreocupación con que lo arrojábamos antes, a cualquier parte!.

¡Habíamos aprendido a valorarlo!



OTOÑO



El mes de febrero había sido fecundo en proyectos, pues nos sentíamos llenos de optimismo, al ver cómo respondían a nuestros cuidados la tierra y los animales, pagándonos generosamente. A cada paso lo comprobábamos; el campo con su cosecha, los árboles con sus frutos, el gallinero con sus huevos y pollos, la vaca con su leche, la huerta con sus verduras, el jardín con sus flores fragantes y multicolores.

Al considerar que éramos los factores de aquel desenvolvimiento, nos veíamos engrandecidos a nuestros propios ojos. Escuchábamos, arrobados, el concierto de plantas y animales, como si sus almas vibraran a nuestro paso, al reconocer en nosotros a los solícitos cuidadores de sus vidas.

Pronto se iniciaría un nuevo año agrícola, el segundo para nosotros, y disponíamos lo necesario para el momento oportuno, aprovechando la experiencia adquirida en el anterior.

El otoño se insinuaba; lo demostraban las hojas amarillentas y secas, y las plumas que arremolinaba el viento.

El maíz llegaría en breve a su madurez. Para recibir y depositar sus mazorcas, habíamos construido unos silos o trojes con suficiente capacidad para contener la parte que nos correspondiera.

A principios de mayo iniciamos la recolección.

Los buenos resultados obtenidos fueron un estímulo para continuar nuestra acción perseverante y eficaz, obteniendo del suelo las mayores ventajas.





FUNCIÓN DE LAS HOJAS

Al contemplar cómo las hojas de los árboles de la quinta iban cambiando poco a poco, en el otoño, su color verde por otro amarillo hasta caer secas, sin saber por qué, me sentía apenado, pues aquellas plantas, con sus troncos escuetos, me producían la impresión de que perdían la vida. Pero al notar que, a fines del invierno reverdecían, quise conocer las causas de fenómeno tan interesante, y lo conseguí con la ayuda de la observación y de la ciencia.

En el otoño, inicia el árbol su obra de aprovisionamiento para el letargo del invierno, y reconcentra, en el tronco, la substancia de la planta entera. A medida que le niega alimento a las hojas, va formando una corteza en el nacimiento del peciolo que intercepta el paso de la savia; entonces aquéllas pierden su coloración verde, y caen.

Cesan desde ese momento las funciones de la hoja, indispensables durante la primavera y verano, pero innecesarias en la estación de los fríos.

Una de estas funciones, la transpiración, consiste en hacer evaporar el exceso de agua que conduce la savia desde la raíz, preparando su transformación en savia nutritiva. Es muy grande la cantidad de agua despedida de las plantas en forma de vapor, sobre todo en épocas de calores o de gran sequedad del aire. Una planta de trigo, durante su crecimiento despide siete litros de agua; un roble, durante la buena estación, 230 veces su propio peso.

Es común contemplar sobre los montes o bosques una especie de bruma, debida al vapor de agua desprendido de las plantas. Al chocar estas brumas con las nubes, en condiciones climatéricas apropiadas, se transforman en lluvia, con gran beneficio para la región.

Por eso se cita, entre las ventajas de las plantaciones de árboles, la de regular las lluvias.

La segunda función de las hojas es la propiedad de descomponer, mediante la clorófila y bajo la acción de la luz, el gas carbónico contenido en el aire, en sus dos elementos, carbono y oxígeno.

La hoja guarda el carbono y desprende el oxí-



geno, beneficio enorme, incalculable, pues de lo contrario el aire llegaría a ser irrespirable. Este gas es absorbido por personas y animales y necesario en la combustión, de la que sale convertido en ácido carbónico.

Este es otro de los beneficios de las plantas: nos purifican el aire.

Por medio de la clorófila, las hojas combinan el ácido carbónico con el agua de la savia y forman almidón, azúcar, etc., resultando la savia apta para la nutrición de la planta.

Existen plantas, las parásitas, que carecen de clorófila y necesitan, para vivir, adherirse a otras, generalmente cultivadas, a las que enferman y matan. Tal sucede con el tizón del trigo y la cuscuta en la alfalfa.

La tercera función de la hoja es la respiración. Consiste ésta en absorber oxígeno y desprender ácido carbónico; pero, durante el día, queda anulada por la acción de la clorófila, como hemos visto, y sólo se efectúa de noche. Por eso es nocivo dejar plantas en las habitaciones, pues vician el aire, al absorber oxígeno y exhalar ácido carbónico.



BALANCE

Según convenio estipulado, el propietario nos cedía el campo; proporcionaba las primeras semillas, útiles de labranza, animales necesarios y su manutención; además nos obtendría en el almacén un crédito que se pagaría al liquidar la venta de los cereales.

De esta manera, el dueño era nuestro socio capitalista. Los intereses y ganancias del capital se cubrirían con la participación en el producido de la cosecha de trigo y maíz, y corte de la

alfalfa. Los beneficios obtenidos de las aves, cerdos, huerta y monte serían exclusivamente para nosotros.

De común acuerdo, se vendieron los cereales encargándose el propietario de percibir su importe.

Para la liquidación de las utilidades, citó a mi padre. Presentóle las cuentas solicitando su conformidad. Como se trataba de compras realizadas desde nuestra llegada, no era fácil recordar en aquel momento si estaban de acuerdo con los precios convenidos, por lo que pidió plazo de un día, antes de contestar.

En casa se habían anotado con mucha prolijidad las compras, por lo que resultó fácil la confrontación.

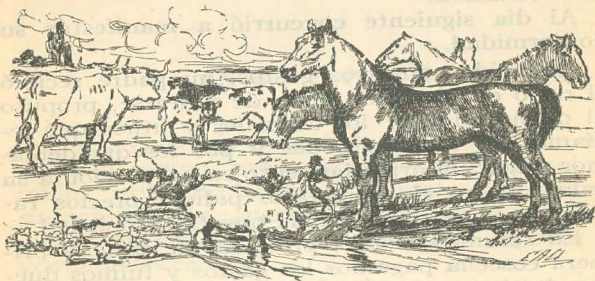
Al día siguiente concurrió a manifestar su conformidad.

Deducidos nuestros gastos, mi padre recibió el resto en efectivo. Antes de retirarse, propuso al dueño adquirir los animales y útiles que teníamos en nuestro poder y por los que debíamos pagar un arrendamiento en proporción a su valor. Como el propietario pidiera precios razonables, pasaron a ser de nuestra propiedad.

En resumen, con el producto de aquella primera cosecha pagamos los gastos y fuimos dueños de cinco caballos, una yunta de bueyes, una vaca y su ternero, diez gallinas y ochenta pollos, dos cerdos, arado, rastra, palas, etc. También quedaba algo en efectivo, y la perspectiva de que

en el próximo año los gastos fueran menores, pues no habría necesidad de comprar maíz ni alfalfa para los animales. Nuestro presupuesto de alimentos disminuiría, pues tendríamos pollos, mayor cantidad de huevos, verduras de todas clases, y dos cerdos bien cebados que se encargarían de adornar nuestra cocina con jamones, chorizos y demás embutidos.

¡Con cuánta tranquilidad mirábamos el porvenir! Nos sentíamos arraigados en aquella tierra a la que habíamos arrancado su secreto vital; y la contemplábamos como a nuestra amiga muy amada.





BUENAS NOTICIAS

En uno de los viajes al pueblo para realizar compras, recogimos la versión de que muy pronto se abriría una escuela pública, próxima a nuestra chacra.

Habíanse adquirido al efecto una casa apropiada y diez hectáreas de tierra.

Ninguna otra noticia nos hubiera alegrado tanto, pues nos apenaba ver a mis hermanitos menores privados de los grandes beneficios de la escuela.

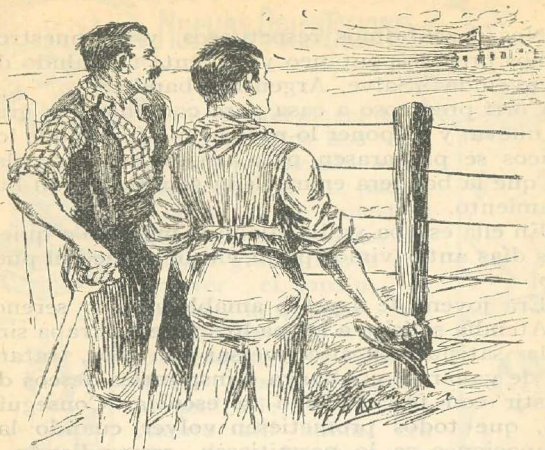
Muchos de nuestros vecinos recibieron satisfechos la buena nueva, y desde entonces las conversaciones gira-

ron alrededor de la escuela.

Se hacían conjeturas y cálculos sobre si su director sería varón o mujer; si tendría o no familia; si las clases se dictarían por la mañana o por la tarde.

Tanto nosotros como nuestros vecinos estábamos en condiciones de informar, en cualquier momento, sobre el número de niños en edad escolar. Y cuando alguno de éstos pasaba frente a casa o lo encontrábamos en el camino, no olvidábamos de recomendarle la concurrencia a clase. Los interpelados manifestaban su deseo de inscribirse tan pronto como recibieran el primer aviso.

Llegaban los muebles y útiles escolares, señal segura de que también llegaría pronto la persona designada para ponerse al frente de la escuela, llevando a aquellos lejanos lugares la luz de su ciencia, que iluminara y despejara las tinieblas de la ignorancia.



EL LLAMADO DE LA ESCUELA

Cierto día, al dirigirnos como de costumbre a nuestras ocupaciones, nos sorprendió la aparición de una bandera en lo alto del edificio de la escuela.

Al contemplarla, nos conmovimos, y comprendimos por primera vez, que no estábamos aislados, pues formábamos parte de la Nación, cuyo símbolo ondulaba allí, mecido por el viento; y que con nosotros estaban los nueve millones de habitantes a quienes cobijaba.

Nos descubrimos respetuosos, y de nuestros labios brotó espontáneo y ardiente un saludo de bienvenida: ¡Salve, Argentina bandera!...

Corrí presuroso a casa para comunicar la grata nueva, y disponer lo necesario a fin de que los chicos se preparasen para asistir a la escuela, ya que la bandera enarbolada significaba un llamamiento.

En ella estaba ya instalado el maestro a quien dos días antes vimos pasar en un coche del pueblo.

Era joven, de aspecto amable y mirar sereno.

Atendía solícito a los padres y demostraba singular satisfacción al conversar con ellos, tratando de ganar su confianza e inspirarles deseos de asistir con frecuencia a la escuela. Conseguía así, que todos prometiesen volver, cuando las ocupaciones se lo permitiesen, respondiendo a los llamados dirigidos por intermedio de sus hijos.

El vecindario sentíase satisfecho con su presencia, y pronto reinó recíproca simpatía, con ventajas positivas para todos.

NUEVAS ORIENTACIONES



Tuvimos el placer de que el maestro nos visitara respondiendo a invitaciones de mi padre.

Después de nuestros saludos y atenciones, demostró gran interés por recorrer el jardín, la huerta y la quinta.

Todo lo que veía le interesaba, y en contestación a sus preguntas mi padre le declaró que cuanto allí había, era obra de la familia, y le relató nuestra vida desde la llegada hasta aquel momento.

Fué muy efusiva la aprobación del maestro:

— Esta es la mejor prueba, dijo, del acierto de la nueva orientación dada a la enseñanza.

Sepa Ud. señor, que yo no vengo solamente a enseñar a leer, escribir y contar, sino también —



y de acuerdo con las instrucciones de las autoridades superiores — a procurar que las actuales chacras, cultivadas y explotadas en forma rutinaria, se transformen en granjas, fuentes de bienestar, como la de usted. Vengo a enseñar a los niños, para que implanten en sus casas los mejores métodos de cultivo y la forma de obtener mayor rendimiento del suelo. Vengo a enseñarles el aprovechamiento de mucha materia prima abandonada o mal empleada.

Esta es la misión que se nos ha confiado; y cuando los maestros de toda la Nación la hayamos desempeñado, como es nuestro propósito, podremos exclamar, satisfechos, al contemplar el engrandecimiento de la patria, por el florecimiento de las granjas e industrias: "He ahí nuestra obra".



REUNION DE VECINOS

Al despedirse el maestro de nosotros, mi padre le reiteró el ofrecimiento hecho en el transcurso de la conversación, esto es, que dispusiera de todo el material de la chacra que pudiese serle útil para su enseñanza.

Por intermedio de mi hermanito, recibió papá una tarjeta en que el maestro lo invitaba a concurrir el domingo a la escuela, encareciéndole hiciera de su parte todo lo posible para obtener la asistencia del mayor número de vecinos, hombres y mujeres.

Acudimos a la cita las personas mayores de casa, respondiendo también muchos padres y personas ligadas directamente con los alumnos.

Invitados a tomar asiento en una de las aulas, el maestro, desde su escritorio, tomó la palabra

dirigiéndose a los presentes, inició de esta manera la conversación.

— Me he permitido invitar a ustedes, creyéndome con derecho a ocasionarles esta pequeña molestia, ya que el objeto de la reunión será ocuparnos en la mejor forma de asegurar el porvenir de vuestros hijos. Me creo, pues, autorizado a exigirles este sacrificio, de interesar su voluntad y solicitar su ayuda, por cuanto el beneficio esperado recaerá sobre todos los hogares.

Esta es una escuela pública, que bien podéis decir que os pertenece, pues en ella se educan vuestros hijos y se educarán vuestros nietos. ¿Sería exigiros mucho el pedir que reservéis para ella un lugar en vuestros afectos, y que desde hoy la consideréis como una continuación de vuestros hogares, hasta tal punto que os interesen y alegren su progreso y engrandecimiento?

— Lo haremos, señor maestro, contestó mi padre.

Signos afirmativos de los concurrentes indicaron que la contestación dada expresaba su pensamiento.

— Me felicito de que así sea, continuó el maestro, por vosotros, por vuestros hijos y por la nación a que pertenecemos, pues contribuiremos desde este modesto lugar, y en la medida de nuestras fuerzas, a su mayor engrandecimiento y prosperidad.

PLAN DE TRABAJO

Como resultado de la reunión, los vecinos se constituyeron en comisión, con el objeto de formar una sociedad que ayudara a la escuela y cooperara en la obtención de los propósitos expuestos por el maestro.

Los concurrentes se retiraron llenos de entusiasmo, comprometiéndose a concurrir semanalmente.

De acuerdo con indicaciones dadas, cada uno pensaría lo que a su juicio fuera más conveniente enseñar a los niños, de acuerdo con las necesidades y características de la región.

El maestro, a su vez, expondría sus puntos de vista, después de una jira detenida por el radio de acción de la escuela.

No estará de más decir que mi padre era preferentemente consultado por los vecinos; pues en repetidas ocasiones, el maestro había dado pruebas de estar en perfecto acuerdo con sus ideas, y en más de una oportunidad había solicitado su opinión.

Por otra parte, era el más decidido y entusiasta propagandista de las ideas expuestas. Para convencer a los indiferentes o a los aferrados a las viejas prácticas, enumerábales los beneficios que se obtendrían con la nueva escuela; y como demostración práctica, enseñaba su chacra, cuya transformación no se explicaban los vecinos, que ya no se reían, como al principio, de nuestro método de trabajo.

Había despertado en todos deseo de imitarnos; pero les faltaba resolución; necesitaban un sacudimiento brusco que les hiciera abandonar sus hábitos de muchos años, para lanzarse resueltamente por el camino de las nuevas ideas y prácticas agrícolas.

Felizmente llegaba en momento tan propicio, la escuela con sus nuevas enseñanzas. Sería la encargada de romper los viejos moldes y llevar a cada hogar un hálito de felicidad.

Muy interesante resultó la reunión siguiente, en que se trató del plan de trabajos que desarrollaría la escuela.

Cada punto incluido en el programa era suficientemente discutido; se enumeraban los beneficios que podría reportar y se veía si era reali-

zable con los elementos existentes en la región.

Al final quedó resuelto que en la escuela se enseñaría, bajo el título de "Manualidades" lo siguiente: prácticas hortícolas, jardinería, fruticultura, avicultura, cría de cerdos, apicultura, carpintería, hilado, fabricación de escobas y sogas, cestería, obtención de derivados de la leche, fabricación de jabón y velas, utilización del junco, mimbre, cuero, crin y astas, y por último, corte y confección.

Estas enseñanzas manuales eran las que consideraban los vecinos como más útiles, dejando a elección del maestro enseñar las que considerase más convenientes.



EL HUERTO ESCOLAR

El primer trabajo realizado en la escuela fue el de dotarla de un hermoso jardín y un buen provisto huerto. En clase, el maestro trazó en el pizarrón las figuras de los cantos, determinando su localización y límites. Estos dibujos se copaban en los cuadernos de deberes, por los alumnos mayores de nueve años, mientras los menores efectuaban una tarea semejante, pero en un espacio más reducido.



EL HUERTO ESCOLAR

El primer trabajo realizado en la escuela fué el de dotarla de un hermoso jardín y un bien provisto huerto.

En clase, el maestro trazó en el pizarrón las figuras de los canteros, determinando su longitud y latitud. Estos dibujos se copiaban en los cuadernos de deberes, por los alumnos mayores de nueve años, mientras los menores efectuaban otra tarea.

En la hora de trabajos prácticos, el maestro continuó su explicación sobre el terreno.

Los canteros habían sido distribuídos entre grupos de alumnos, quienes se encargaron de marcarlos en el suelo para empezar a trabajar la tierra.

La tarea de ubicar en el jardín las figuras del cuaderno no resultó tan fácil como al principio parecía, por lo que el maestro, después de dejar que lo intentasen, continuó su explicación.

— Tomemos como punto de partida, decía, la entrada que da al camino. Los alumnos dirigiéronse hacia aquel punto buscando en sus cuadernos el sitio señalado.

— Como Uds. observarán, continuó el maestro, parten de aquí dos caminos de un metro de ancho cada uno, por los cuales puede llegarse a los canteros.

Los alumnos medían distancias, colocaban señales, tendían hilos, y una vez obtenida la aprobación del maestro, se iniciaba la roturación.

Del jardín se pasó a la huerta, distribuyéndose del mismo modo la tierra entre grupos de alumnos.

A fin de saber qué semillas convendría sembrar en determinada estación, o época más propicia para los trasplantes, se consultaba un almanaque rural o catálogo. Los niños lo anotaban en sus cuadernos, procediéndose de acuerdo con tales indicaciones.

En algunos casos, consultábase también la opinión de los agrónomos regionales o de la sección respectiva del ministerio de Agricultura.

La siembra se efectuaba en almácigos o en el sitio definitivo según las indicaciones. En todo momento se les prestó el cuidado necesario.

Al iniciarse las faenas, los alumnos entonaban las estrofas de la "Canción de los clubs agrícolas" y se entregaban a la labor, entusiastas y solícitos.



LA CANCIÓN DE LOS CLUBS AGRÍCOLAS DE NIÑOS

Solo

Nos dió una patria el Valor.

Coro

¡Qué el Trabajo nos la guarde!

Canción

Marchemos, compañeros,
la frente bien en alto,
que somos la esperanza
de un grande porvenir.
Ya saben nuestras manos
lidiar con el trabajo
y cultivando el suelo
a la Patria servir.

Labremos orgullosos
el suelo de la Patria,
y entonen nuestros labios
la fraternal canción:

las glorias que anhelamos
son glorias del trabajo
y nuestros elementos
la tierra, el agua, el sol.

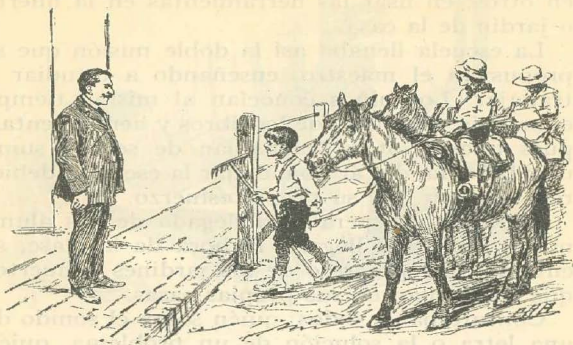
La herida del acero
que rompe las entrañas
de nuestra madre tierra,
da flor o fruto o mies;
que somos, labradores,
soldados del trabajo,
y es nuestra acción fecunda
para el humano bien.

Venid a nuestras filas
pequeños camaradas,
la acción y el pensamiento
se premia en nuestro club.
Tenemos como Norte
la Patria y la familia
y en el rural trabajo
hallar dicha y salud.

Coro

Donde el trabajo canta
no se oye el rataplán...
los surcos del arado
son sendas de la Paz.





LIBROS Y HERRAMIENTAS

No teniendo la escuela la cantidad de útiles necesarios para los trabajos prácticos o manualidades, se pidió a los alumnos llevasen diariamente de sus casas, las herramientas para trabajar en la escuela.

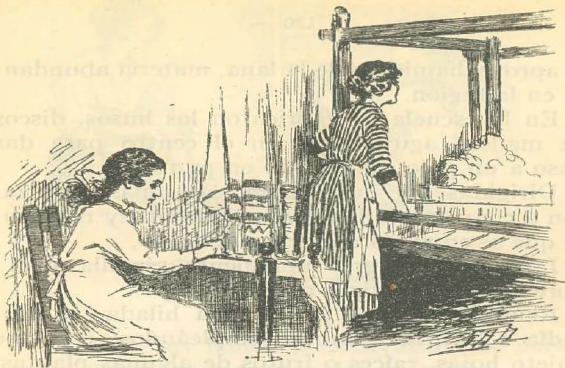
Respondiendo a esta indicación, preparaban los niños para su asistencia a clase, juntamente con los libros, la pala, el rastrillo, la azada, etc. Era también doble el trabajo para estudiar las lecciones; pues en unos casos, consistían éstas en leer en los libros o escribir en los cuadernos, y

en otros, en usar las herramientas en la huerta o jardín de la casa.

La escuela llenaba así la doble misión que se propusiera el maestro, enseñando a estudiar y trabajar. Los niños conocían al mismo tiempo el manejo y utilidad de los libros y herramientas, pues unos y otros les habían de ser de suma utilidad cuando, al abandonar la escuela, debieran subsistir por su propio esfuerzo.

El maestro esperaba la llegada de sus alumnos, y mientras llegaba la hora de la clase, se enteraba del progreso de los jardines y huertos que cultivaban en sus propias casas.

Consultábanle todos: quién sobre el sonido de una letra o la solución de un problema, quién sobre la forma de sembrar tales o cuales semillas, y a todos atendía, aconsejaba y estimulaba.



TELARES E HILADO

La escuela cumplía el programa que se propuso el maestro, al hacerse cargo de ella.

Los vecinos estaban satisfechos y empezaban a considerarla como algo propio, pues palpaban sus resultados benéficos.

No es de extrañar, pues, que los alumnos aumentaran hasta tal punto, que hubo necesidad de habilitar un aula nueva.

Se designó, para atender esta sección, a la esposa del maestro, que con anterioridad desempeñó ya funciones docentes en otra escuela.

Este nombramiento fué muy acertado.

Una de las primeras preocupaciones de la nueva maestra consistió en enseñar a las niñas

el aprovechamiento de la lana, materia abundante en la región.

En la escuela, se fabricaron los husos, discos de madera agujereados en el centro para dar paso a un palo, terminado en punta.

Dirigidas por la maestra, las niñas empezaron a convertir la lana en un hilo fino y resistente que se envolvía alrededor del huso.

La operación era sumamente sencilla y el aprendizaje no exigió mucho tiempo.

Reunida en madejas la lana hilada, se procedía a lavarla y teñirla, empleándose con este objeto hojas, raíces o frutos de algunas plantas.

Con la lana así preparada las niñas aprendieron a ejecutar variados trabajos y a confeccionar medias, boas, paños, etc.

Pero no solo en esto se debía utilizar la lana; y una nueva aplicación de la misma representaría para todos los hogares mayor bienestar y economía. La maestra preparaba la instalación de un telar; y varios vecinos, a pedido suyo, suministramos el material necesario.

Terminado el telar, y previo los ensayos preliminares, las niñas se iniciaron en su manejo, preparando la urdimbre, disponiendo los lizos, moviendo los peines, etc.

Los resultados obtenidos con este telar fueron admirables.

¡Cuántas personas de la localidad le debieron la protección contra los rigores del frío, mediante el uso de prendas fabricadas por las manos de sus hijas o hermanas!



TEÑIDO DE LANAS

Para teñir las lanas, pueden utilizarse sustancias vegetales o preparados químicos.

Las primeras resultan más económicas, pues son muchas las plantas que sirven para dicho objeto. Los segundos se venden en los negocios, con el nombre de anilinas.

En cada región, existen plantas que poseen, en alguna de sus partes, la propiedad de teñir. Para descubrirlas, resulta práctica excelente la de someterlas a ensayos, en pequeña escala, siendo casi seguro que el éxito corone tales investigaciones, revelando a los ojos del operador, colores y tonos sumamente variados.

Antes de proceder al teñido de la lana, y una vez que ésta ha sido lavada en madejas, se efectúa una operación preparatoria, cual es la de adicionarle un mordiente, sustancia que fija el tinte, haciéndolo penetrar y adherirse a las fibras.

En la mayoría de los casos se utiliza con este objeto el alumbre, y en otros la aloja, bebida muy conocida en las provincias del norte, y que resulta de la fermentación del maíz o la algarroba, y la cerveza, resultante de la fermentación de la cebada. Dichas sustancias se mezclan con agua en proporción de una cucharadita de café por litro para el alumbre, y un litro por cada cinco para la cerveza.

Después de hervida la mezcla, se la enfría, dejando la lana en ella por espacio de una hora, procurando revolverla siempre.

Escurrída el agua que contiene la lana, después del baño queda en condiciones de ser introducida en el recipiente, donde se ha preparado el tinte.

Se introduce la lana, al estar aquél caliente, revolviéndola con frecuencia. Se deja enfriar, y durante un día quedará en el tinte, de donde se extraerá para lavarla en agua, varias veces, dejándola secar a la sombra.



EL JUNCAL

En una de las excursiones cinegéticas realizada en compañía del maestro, llegamos hasta una laguna en la que abundaban los patos silvestres y otras aves acuáticas.

De regreso, mientras se hacían variados comentarios sobre las incidencias de la caza, y mientras cada uno mostraba el resultado de su habilidad, el maestro exhibía un manojo de juncos, cortado en la laguna.

— Ya verán ustedes, decía, ¡qué sorpresa voy a proporcionarles!

Mañana mismo mandarán a sus hijos a cortar una buena cantidad de juncos, y en la escuela nos encargaremos de transformarlos en algo de suma utilidad.

La conversación del camino giró en adelante alrededor del juncal, circunstancia aprovechada por el maestro para recitar los versos del poeta Obligado:

¿Quién no ha visto en las orillas
del hermoso Paraná,
esa banda, siempre verde,
siempre móvil del juncal?

En las horas de la siesta,
cuando todo duerme en paz,
en las cuerdas de esa lira
van las olas a cantar.

Almas buenas y sencillas,
venid todas, y escuchad
lo que dicen esas olas
en el arpa del juncal.

Cuando el Delta en muda calma
bajo el sol de enero está,
y el silencio es más sensible
porque arrulla la torcaz,

ellas cuentan una historia
que repiten sin cesar,
una historia en que hay un nido
y un cantor del Paraná.

Sucedió que en varios juncos
reunidos en un haz,
con totoras y hojas secas
hizo nido un cardenal.

¡Con qué orgullo miró el ave,
bajo el sol primaveral,
sobre el agua movediza
columpiándose, su hogar!

Pasó el tiempo. En el estío
los polluelos no son ya
tan pequeños, y hasta suelen
breves trinos ensayar.

Pero el río fué creciendo,
fué creciendo más y más,
y hubo un día en que una ola
saltó al seno del hogar.

¡Qué aleteos bulliciosos
les produjo el golpe audaz!..
Siempre ha sido de la infancia
festejar la tempestad.

Recio viento de los llanos
una tarde hirió la faz,
con el choque de sus alas,
del soberbio Paraná.

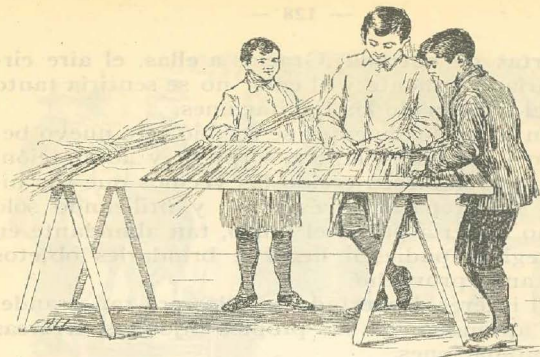
Y las olas, irritadas,
emпинándose a luchar,
en espumas convirtieron
su serena majestad.

¡Cómo duermen los pequeños
mientras brama el huracán
y las ondas los salpican
con su polvo de cristal!

Se vió el nido estremecerse,
y a su empuje vacilar,
mas sus crestas no alcanzaron
a la altura del juncal.

Pues si el río fué creciendo
cada día más y más,
él también fué levantando
sus varillas a la par.





CORTINAS DE JUNCO

Cumpliendo el pedido del maestro, varios chicos fueron a la laguna en busca de juncos.

En la escuela se procedió a trabajarlo.

La primera obra fué una cortina. Al efecto se tendieron varios hilos a lo largo de una mesa, y sobre ellos, perpendicularmente se colocaban varas de junco sujetándolas a los hilos mediante nudos.

Esta operación se repetía tantas veces como era necesario hasta conseguir el largo deseado, igual a la altura de la puerta en que se debía colocar.

Una vez terminada reemplazaba con éxito las

puertas de entrada. Gracias a ellas, el aire circularía libremente y el calor no se sentiría tanto en el interior de las habitaciones.

En todos los hogares se recibió este nuevo beneficio de la escuela, con sorpresa y admiración.

Jamás hubiesen creído los vecinos que sus hijos, sin preparación especial, y utilizando sólo como materia prima el junco, tan abundante en la región, pudiesen llegar a brindarles objetos de tanto provecho.

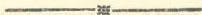
El interés despertado en ellos era tan grande, que aprendían de sus propios hijos las diversas manipulaciones.

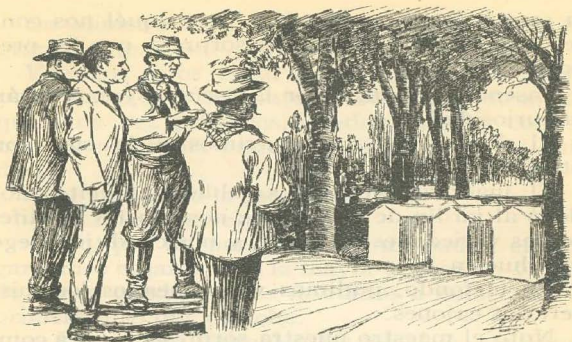
Observando cómo se aprovechaban la tierra, la lana, el junco, el mimbres, etc., comprendieron que era posible obtener del suelo y de cuanto los rodeaba, mayores beneficios.

La escuela iba infiltrando un nuevo espíritu en los moradores de aquella comarca.

La indiferencia e incapacidad desaparecían ante el ejemplo de los propios hijos que, al repetir en sus casas las conversaciones, y al poner en práctica lo aprendido en clase, despertaban energías dormidas en sus padres o hermanos mayores.

Así realizaba aquella escuela su obra regeneradora y progresista.





CARGA MISTERIOSA

Corría el mes de septiembre. Los durazneros de la quinta entreabrían sus flores rosadas, y en el jardín, los canteros de pensamientos, marimónias y narcisos anunciaban la entrada triunfal de la primavera.

Mientras trabajábamos junto al camino, sorprendiéndonos el lento avance de un vehículo en dirección a la escuela. Conducía unos cajones, objeto de especial cuidado para el maestro.

No resistimos al deseo de interrogarle sobre el contenido de los mismos, pues nos preocupaba

la forma de su conducción; pero aquél nos contestó sonriendo: — es una sorpresa que les preparo.

Pasen el domingo por la escuela y satisfarán la curiosidad.

El día indicado concurrimos a la cita con otros vecinos.

El maestro, siempre amable y solícito, nos llevó al jardín de la escuela; nos enseñó las diferentes variedades de flores, y nos condujo luego a la huerta.

En el fondo, pudimos ver alineados los misteriosos cajones.

Notó el maestro nuestra sorpresa y, para complacernos, inició así su conversación:

— Como acaban de ver, tenemos aquí, en la escuela, un jardín florido, lo mismo que en muchas casas de los presentes.

En realidad el trabajo de cuidarlo está bien recompensado con la alegría que nos proporcionan sus hermosos colores y fragancia exquisita, que ponen en nuestra vida una nota de encanto. Sin embargo, es tan generosa la naturaleza que permite a esas mismas flores dar un beneficio más.

Aquellas casillas del fondo, la carga misteriosa, son otras tantas colmenas, traídas de la ciudad, con sus correspondientes enjambres.

Las abejas encuentran en las flores su alimento y las sustancias que necesitan para fabricar cera y miel.

Su alimentación no resulta así gravosa, y es grande el provecho que rinden.

Vuestros hijos están aprendiendo el cuidado y la fabricación del material necesario, de modo que, una vez prácticos, puedan instalar colmenas en su propia casa y encargarse de su cuidado.

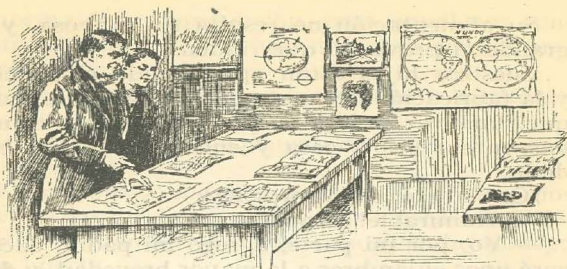
¿Qué os parece la sorpresa?

— ¡Admirable! respondimos.

— Yo, por mi parte, agregó mi padre, encargaré unos enjambres a la mayor brevedad, y desde ahora quedan todos invitados a comer de la primera miel que coseche.

— La misma invitación les hago yo, continuó el maestro.

Ambos ofrecimientos se cumplieron.



CINCO AÑOS DESPUÉS LA EXPOSICIÓN ESCOLAR

Con una fiesta dió la escuela por terminadas las tareas de aquel año.

En los dos salones que sirvieron de clases, expusieron los trabajos realizados por los alumnos. En uno, los cuadernos, dibujos, ejercicios caligráficos, composiciones, dictados, etc.; en otro, se agruparon los objetos que correspondían a cada manualidad enseñada durante los cursos.

Entre los trabajos de carpintería, figuraban colmenas con sus accesorios, cabos de palas y cepillos, cajones plegadizos para enviar frutas, verduras, etc.

En la sección hilados se mostraban husos, rue-

cas y las diversas etapas de la transformación de la lana.

Junto a los telares había varias prendas de vestir y abrigo, en las que se especificaba la cantidad de lana y el tiempo empleado en su confección; precio de costo y valor aproximado del artículo en las casas del ramo.

Algunas varas de junco próximas a las cortinas y cestos indicaban su empleo.

Sobre una mesa, demostraban las bondades de las prácticas empleadas en su cultivo, los productos de la huerta.

Afuera, varias jaulas contenían ejemplares de aves de diferentes razas pertenecientes a los alumnos. Algo más alejadas había casillas con cerdos, criados y cuidados por los mismos niños. En todos los sitios, planillas demostrativas indicaban las características del animal, alimento proporcionado, costo, cálculo de venta y ganancia aproximada.

Resultaba sumamente interesante oír discutir a los escolares sobre las ventajas o fallas de tal sistema de alimentación o crianza, sobre la mayor conveniencia de adoptar una raza con preferencia a otra; sobre la vigilancia, cuidados, etcétera. Revelaban ser muy expertos y cualquiera hubiera descansado tranquilo, encargándoles el cuidado de sus animales.

Para clasificar por orden de mérito los trabajos presentados, se nombró un jurado, presidido por el maestro e integrado por varios vecinos.

La labor fué prolija, distribuyéndose premios entre los vencedores.

¡Qué satisfacción para los agraciados! Fueron colmados de aplausos y felicitaciones.

Los que no obtuvieron premio escucharon de labios del maestro palabras amables de estímulo y prometieron mayor dedicación en lo sucesivo.

Vecinos y alumnos se retiraron satisfechos y agradecidos a la acción de la escuela.





A LA VERA DEL ARROYO

A una distancia de cuatro kilómetros de nuestra chacra, corre tranquilo un arroyo, cuyas aguas puras convidan, en verano, al transeunte, a beber y refrescarse en ellas.

Desde tiempo atrás, los moradores y viajeros lamentaban que aquel arroyo sin árboles, no ofreciera protección contra los rayos solares.

Al tercer año de la llegada del maestro, reunió a los vecinos y les propuso, si estaban dispuestos a secundarle, plantar una cantidad de árboles en las riberas.

Enumeró, al efecto, los beneficios que obtendrían con un delicioso lugar de recreo.

Aceptada la idea y constituídos los vecinos en comisión, pusieron manos a la obra.

El propietario del campo recorrido por el arroyo, en la parte elegida, cedió a perpetuidad una

tranja de doscientos metros de largo por cincuenta de ancho, a cada lado.

Levantóse un plano del terreno y se calculó la cantidad de árboles necesarios.

A cada vecino, de acuerdo con los medios de que disponía, se le asignó como contribución, la plantación de determinado número, corriendo por su cuenta la preparación de los hoyos y el cuidado de las plantas.

El entusiasmo reinante fué muy grande y nadie se negó a colaborar en la obra común.

La plantación se efectuó el día de la Fiesta del Arbol, y la escuela con sus alumnos y la población en masa concurren a aquel sitio, llevando cada uno lo necesario para realizar su tarea.

Los hoyos se prepararon de acuerdo con las instrucciones impartidas, y en los sitios designados.

La feliz iniciativa fué conocida en todas partes y fueron numerosas las personas, autoridades escolares y municipales que concurren a presenciar aquel acto original y digno de verse.

El maestro estaba radiante, se multiplicaba para atender a todos, y, al recibir las felicitaciones de los visitantes, señalaba a los vecinos diciendo: — Sin su ayuda no hubiera podido hacer nada.

CANTO AL ARBOL

Terminada la plantación, un niño, desde la tribuna improvisada, declamó las siguientes estrofas:

Este campo, con plantas y con flores
— Como de vara mágica al conjuro —
Para el verano próximo, seguro,
será un risueño, encantador jardín;
y del estío en las hermosas tardes
con placentero afán nos pasearemos,
y este arbolado sitio alegraremos
de nuestros juegos con los ecos mil.

Los plátanos esbeltos, de amplia copa,
la plantas que prodigan lindas flores,
los unos con su sombra, bienhechores,
los otros con perfumes de ambrosía,
nos darán salud, vida y alegría
pidiéndonos en cambio, ¿sabéis qué?...
que sus tiernos ramajes no talemos,
y de la débil planta siempre amigos,
a los crueles insectos, y enemigos,
les declaremos guerra sin cuartel!

Hombres ilustres, la bondad del árbol
con elocuencia siempre hanregonado;
Marcos Sastre las selvas ha cantado
de las islas que ofrenda el Paraná.
Rawson, Sarmiento, en elocuentes frases

al pueblo han repetido muchas veces
que devuelven los árboles, con creces,
el escaso trabajo que nos dan

Mitre, Andrade Obligado y otros vates
del parnaso argentino, en sus poesías
a raudales rimaron melodías
que las plantas supieron inspirar.
Y así como el laurel, en nuestro escudo
las glorias de la patria simboliza;
el roble es fortaleza; y la divisa
es el olivo de bendita paz.

[Y ojalá que en breve nuestros llanos
que incendia el sol y arrasan los pamperos,
semejando brufidos reverberos
en las horas de sol canicular;
sin las frondas que alegran y reparan
en los crueles días invernales
de pedrisco, de lluvia y temporales
que diezman la riqueza nacional,

de trecho en trecho se hallen arbolados
dando al rebaño abrigo, al hombre fruto,
a las artes e industrias su producto
y a las abejas néctar en la flor!
Y así también los pájaros que matan
a los insectos que hacen tanto daño
puedan multiplicarse de año en año
en bien de nuestro noble agricultor.

Porque el árbol es útil: es riqueza;
porque el árbol es bello: es alegría;
es encanto, es aroma, es armonía,
riego y reparo, y sombra y protección.

JUAN FRANCISCO JAUREGUI.



PARQUE FRATERNIDAD

Después de unos cantos alusivos al acto, el maestro ocupó la tribuna. Desde allí, historió la obra, poniendo de manifiesto la actitud fraternal del vecindario en todo momento.

Como un recuerdo de tan alentador ejemplo se decidió bautizar aquel sitio con el nombre de "Parque Fraternidad".

Al poner de relieve el significado de la ceremonia, hizo votos porque se repitiera en todos los momentos de su vida.

Antes de terminar, dió lectura a la inscripción que se debía colocar a la entrada del paseo. Decía: "Tú, que disfrutas de la benéfica sombra de estos árboles, recuerda que han sido plantados por los vecinos de la región, quienes los regaron con el agua del arroyo, el sudor de la frente y el

afecto de su corazón. No cometas la ingratitud de maltratarlos ni destruirlos".

Terminada la fiesta, la concurrencia se disgregó satisfecha del hermoso ejemplo que aquel paseo encerraba.

La comisión fijó turno entre los vecinos, para que no faltasen agua ni cuidados a las plantas.

Durante los años siguientes repitióse la "Fiesta del Arbol" en la misma forma y lugar, hasta plantar la cantidad necesaria para cubrir todo el terreno.

Ya ningún caminante, al cruzar el arroyo, lamenta su desnudez, y éste ofrece hoy, agua pura y fresca y la sombra de sus árboles.





LA CALANDRIA

Por primera vez la oí en el paseo, a orillas del arroyo. “Repentinamente despertó mi atención una música deliciosa, que parecía resonar en todos los ámbitos del monte.

Cuanto acento encantador puede salir de la garganta de las aves, cuantas seducciones hay en los instrumentos músicos más bien tocados y en la voz humana más dulce, más melodiosa y más querida, parecía haberse reunido en los acentos que escuchaba. La luz y el perfume y las bellezas que me habían enajenado, se habrían confundido con la célica armonía, para no formar sino un solo concierto. Mis ojos buscan anhelosos a la sílfide, la ondina o la sirena que producía el encanto, cuando una faja vaporosa, compuesta de innumerables olas, elevándose en espiral sobre el mirto solitario me presentó en su cima a la calandria ejecutora de aquel portento de melodías.

A los hechizos de la música uníase la inexplorable gracia de los movimientos del ave.

Salían de su garganta gorjeos vivos y sonoros, y al mismo tiempo se remontaba con raudó vuelo, describiendo círculos, y descendía con iguales giros, para volver a subir, sin cesar en sus conciertos. Cerníase en el aire cual colibrí ante las flores, acompañando una suavísima cadencia con la vibración imperceptible de sus alas, como si exprimiese allí toda la intensidad de su ternura. Acelera nuevamente su revuelo circular, y exhala suspiros melodiosos, hasta apagarse en un silencio en que mi alma se deleitaba como si resonaran aún en mi interior los ecos de la divina armonía. Posada la calandria sobre la copa del mirto, nuevos acentos, estrepitosos y brillantes, llenan los espacios del monte, sucediéndose con la volubilidad de los arpegios y los trinos; y el ave los acompaña con revuelos igualmente vivos y tumultuosos, que son acaso la expresión de los transportes de su júbilo celebrando sus dichas y sus glorias”.

MARCOS SASTRE.





EL HOGAR PROPIO

Del cuaderno de deberes de mi hermano, copio los siguientes fragmentos de escritos de Nicolás Avellaneda, dictados por el maestro, y que tuvieron la virtud de hacernos reflexionar sobre su contenido.

Helos aquí:

La propiedad engrandece y dignifica al hombre; y el proletario de ayer, cuando ha conseguido, después de algunos años de penosa labor, adquirir su campo, se siente revestido con nuevas fuerzas y ennoblecido a sus propios ojos.

No se considera ya como un huésped de tránsito por su propio país y parece que la propiedad ha venido, como un segundo nacimiento, a vincularlo al suelo de su cuna. Si es extranjero, la peregrinación ha concluído desde que se encuentra ligado a una tierra que es suya.

El país del destino se ha presentado, por fin,

para fijar su paso errante; y hasta el carácter aventurero que en él habían desenvuelto los largos viajes desaparece bajo el impulso de aquella ley que da por patria estable al hombre, el lugar de su bienestar o de su fortuna.

La propiedad levanta la condición del hombre, e imprime a su carácter la independencia que en vida asume; y como ha sido adquirida por el trabajo, que es un esfuerzo, y preparada por la economía, que es una previsión, le da la conciencia enérgica de sus facultades y de sus fuerzas. El propietario se reconoce entonces dueño de su destino, por que ha luchado hasta realizar el sueño de su ambición, y porque ha vencido.

.....

Luego entonces, si hay un país regido por una constitución social no basada sobre el privilegio que favorece, sino sobre la igualdad que no admite distinciones, y en el que se requiere, sobre todas las cosas, respecto de los individuos que lo componen, amor a las instituciones públicas, inteligencia y energía para ejercer los propios derechos, y firmeza para mantenerlos, este país debe tener ciudadanos, propietarios libres; porque sólo la libertad y la propiedad pueden desenvolver estas calidades y estos sentimientos en el hombre.

.....

Pero, la propiedad territorial, libre y generosamente constituída, ha hecho algo más en la unión americana. Ha creado para todos los tra-

bajadores el hogar, y el hogar es el alma del pueblo americano. Allí está su vida, su fuerza y el secreto de todos sus grandes hechos.

¿Por qué el sentimiento del hogar, el culto doméstico, ese amor que incrusta la vida del hombre con la piedra y con el árbol, con la sombra del bosque, con la plegaria de la tarde y la sonrisa del niño, cielo viviente que el hombre lleva en su corazón, y sobre el que le basta replegarse en las horas de fatiga y en los días de inquietud, para sentirse mecido por el murmullo de un mundo de felicidades, por qué, decimos, este sentimiento santo, que multiplica y difunde la vida, se encuentra desenvuelto en el pueblo anglo-americano con una intensidad, con una fuerza, con una universalidad desconocidas hasta hoy en la historia del género humano?

Es que nunca ha sido conocido tampoco el fenómeno social que lo produce: el advenimiento de un pueblo entero a la propiedad territorial. El hogar es su resultado, como es también su glorificación.

NICOLÁS AVELLANEDA.



ADQUISICIÓN DE LA CHACRA

Año tras año, a medida que nuestra experiencia nos permitía obtener mayor beneficio de los productos del suelo, aumentaban las utilidades, hasta tal punto que, al tercero, pensábamos ya en la compra de la chacra.

El propietario, hombre razonable, espíritu progresista, pronto a enajenar sus tierras en condiciones ventajosas para los trabajadores, siempre que éstos se comprometiesen a cultivarlas por sí mismos, recibió complacido la propuesta de mi padre. Con una clara visión del porvenir del país, y siendo patriota de verdad, su patriotismo le llevaba a renunciar a mayores valorizaciones futuras en aras de la grandeza nacional. Comprendía que los latifundios, esas enormes extensiones de campo en poder de un solo dueño, traban el progreso de la región, porque no permiten establecerse al pequeño agricultor, ganadero o granjero, que lleva la vida y el adelanto, multiplicando las vías de comunicación, las arboledas

y las fuentes de producción que contribuyen al bienestar general.

Con una persona de tales ideas y para quien la tierra no era objeto de especulación, fácil fué llegar a un arreglo.

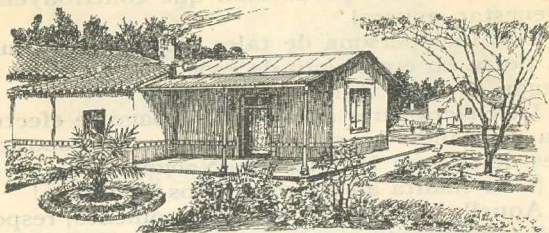
La chacra sería nuestra y su pago se efectuaría utilizando las sabias y previsoras disposiciones del Banco Hipotecario Nacional.

¡Con cuánta alegría recibimos la noticia!

Aquella chacra que, en todo momento, respondió tan generosamente a nuestro trabajo, pasaría a ser propiedad nuestra; y en lo futuro estaría ligada a nosotros con vínculos familiares. Si hasta entonces era grande el amor que le profesábamos, desde aquel momento se agigantó hasta considerarla parte integrante de nosotros mismos.

La contemplábamos en éxtasis, surgiendo como una visión, dirigirse hacia nosotros y después de estrecharnos entre sus brazos, murmurar mil promesas al oído.

Hoy la chacra, que ya no es tal, sino una granja, nos pertenece, pues hemos cumplido con el contrato de compra.



PROGRESOS

A partir de aquel momento, nuestros entusiasmos se duplicaron, y a pesar de que la manera de trabajar no sufrió modificaciones, lo cierto es que desde entonces el trabajo nos rindió más.

Al firmar el contrato de compra, terminaba la participación del propietario en los productos obtenidos del campo.

Mi padre dispuso, entonces, una nueva distribución del área dedicada a cada cultivo, aumentando algunas y disminuyendo otras, y alternándolas de acuerdo con las indicaciones de la ciencia agrícola. De este modo la idea de transformar la chacra en una verdadera granja, ganó camino hasta llegar a lo que es hoy: un modelo entre los establecimientos de su género.

De las cien hectáreas, poco menos de la mitad se dedicó al trigo, y las restantes a maíz, alfalfa, patatas, huerta, monte y potrero para los animales.

El edificio sufrió algunas ampliaciones y reparos, a medida que las entradas lo permitían. Agregáronse así, varias habitaciones y nuevas dependencias con depósitos y galpones, en los que se almacenan provisiones para el año y se guardan las semillas.

Estas construcciones hechas con la mayor economía, aunque con solidez y buen gusto, han cambiado por completo el aspecto triste y solitario de la antigua casa. El jardín al frente y el monte al fondo, hacen que se destaque risueña con sus paredes blancas y sus techos colorados, en medio de aquel marco alegre, lleno de luz y colores

El viajero, que pasa frente a ella, no puede contener la exclamación: ¡Dichosos sus moradores!



EL MONTE

La fruta es tan abundante, que satisfecho nuestro consumo, se dedica una parte a la venta y la otra se conserva, seca.

Formando cintura alrededor de los frutales hay varias hileras de árboles forestales, que los protegen de los fuertes vientos, y nos proporcionan leña abundante y madera para las construcciones.

Lo mismo que el monte, todas las dependencias de la granja mejoraban.

Cada año que pasaba, al aumentar la edad de mis hermanos, completaba su desarrollo físico,

haciéndolos capaces, en consecuencia, de realizar labores de mayor empuje.

Criados al aire libre, y en la práctica del trabajo, sus cuerpos crecieron vigorosos, a la par que sus espíritus se moldearon en las sanas enseñanzas del hogar y de la escuela.

Se nos agregaban cada año nuevos colaboradores en las tareas más pesadas, y contribuían a obtener mayores beneficios de la tierra.

Hoy no me queda ningún hermano de poca edad; y las cabecitas infantiles, inquietas, de rostros sonrientes que asoman entre las plantas, son las de mis hijos y sobrinitos, que en alegre caravana van en busca del abuelo.

— Abuelito, cuente un cuento.

— ¿Cuál? ¿El de la Caperucita Roja, o de la Bella Durmiente del Bosque?

— No. El de su llegada aquí, huyendo de la ciudad, donde no había casa cómoda, aire puro, flores bonitas, ricas frutas, comida abundante, ni alegría.

El abuelo se interna en el monte, y sentado sobre un tronco, con los más pequeños en las rodillas, empieza su relato.

— Esto era un páramo, dice. No había un solo arbolito en toda la extensión. Nosotros plantamos este monte. El primer año llegaba hasta donde están los eucaliptos; el segundo hasta los álamos; el tercero... y sigue enumerando así, las ampliaciones sucesivas que año tras año se produjeron hasta alcanzar las cuatro hectáreas.

— ¿Verdad que cuando sean más grandecitos, plantarán Uds. muchos árboles para reponer los secos y formar un nuevo monte?

— Sí, abuelito, y vamos a criar gallinas, patos y corderitos, y siempre viviremos aquí, en el campo que es más lindo que la ciudad.

— El abuelo envuelve en un abrazo las cabecitas de los nietos, y contempla su obra. Su rostro se ilumina, fija la vista en la heredad, y semejante a un patriarca, se incorpora y continúa el paseo interrumpido...



EL TAMBO

Ya no existe la vaca que nos proporcionó el placer de saborear por vez primera leche ordeñada por mi madre. Fué vendida hace varios años en el pueblo. Llegaron otras a reemplazarla. Estas nos proporcionan leche en abundancia que utilizamos, además del consumo diario, en la fabricación de manteca y queso.

Por la mañana, las mujeres de la casa se encargan de ordeñar. Una vez llenos los baldes con el substancioso líquido, se llevan a la cocina los que se consumirán en el día, y los restantes a una pieza en que se preparan la manteca y el queso.

Para lo primero, se utiliza la crema o gordura de la leche, separándola, una vez fría, con desnatadora o a mano.

Se deposita la crema en un recipiente cuya boca se cubre con un lienzo muy limpio, a fin de que no entren polvo o cualquier substancia extraña. Se bate una vez que se haya agriado. No

debe añadirse crema fresca a la que ya está agria, sino que debe esperarse su fermentación para unirla.

Después de batir una media hora más o menos, se consigue que los grumos de manteca, de un tamaño aproximado a los granos del trigo, floten libremente separados del suero.

Se cuela el contenido del recipiente empleando un lienzo, y se lava con agua fría la manteca obtenida. Para librarla de la humedad que posee y hacerla compacta, se la amasa. Envuelta en papeles especiales, que se adquieren para ese objeto, dura algún tiempo sin ponerse rancia.

Los quesos se consiguen, cortando la leche con cuajo. Se forma así una cuajada que se separa del suero. Se exprime luego y prensa, colocándola en moldes especiales, de donde se saca convertida en queso, que se pone en zarcos de modo que reciba aire por todos lados.

El suero se utiliza para el engorde de cerdos.



EL HUERTO

La parte del huerto dedicada a las hortalizas se ha agrandado, y ocupan sus cultivos un área más extensa. No sólo satisfacen las necesidades de la casa sino que dejan, con su venta, gran utilidad.

Un cómodo sistema de acequias, alimentado por un poderoso molino, permite regar las legumbres y no dejar al azar de la lluvia, tan importante tarea.

Según las estaciones, el huerto presenta aspectos diferentes, pues en cada una de ellas hay algún producto que se cosecha en mayor escala.

Así, en el verano son los tomates, sostenidos por las enramadas que les sirven de apoyo, los

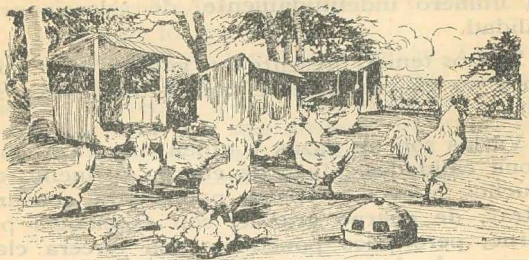
ajíes, alineados en surcos paralelos, las cebollas y los ajos.

En invierno, llegan a su madurez los repollos y coliflores, y en la primavera las chauchas, arvejas y porotos.

La patata se cosecha en el otoño, y se efectúa su siembra en el lugar donde se ha cosechado, anteriormente, trigo.

Todo el año, y en espacio más reducido, se siembra y cosechan zanahorias, acelgas, espinacas, rabanitos, etc.

Algunas legumbres se conservan o venden frescas, y las que lo permiten, como las cebollas, ajíes, porotos y arvejas, se conservan para ser usadas después, o venderlas secas.



AVES Y CERDOS

Al costado de la casa y a una distancia de cincuenta metros, se halla el criadero de aves. Algo más distante la porqueriza.

Los gallineros, cómodos y aseados, muestran en la blancura de sus diversas dependencias, los cuidados de que son objeto. Convenientemente distribuidos y orientados están los dormitorios, nidales, comederos y bebederos.

Las gallinas, separadas según su destino, son motivo de constante observación, a fin de cui-

dar a tiempo las enfermas, observar las que ponen poco, se encluecan, etc.

La formación del plantel ha sido lenta, pero eficaz, pues se ha cuidado más que de aumentar su número indefinidamente, de seleccionar la calidad.

Hemos tenido presente que gallina poco ponedora no es conveniente conservarla, pues sale cara.

Varias son las razas y quien dice raza, menciona calidades. Unas de cuerpo pequeño, dan muchos huevos y malos pollos para consumo. Otras, de cuerpo grande, son excelentes para carne, pero poco ponedoras. La tercera clase, comprende las que, siendo de buen cuerpo, resultan regularmente ponedoras. Escogiendo dentro de esta categoría los ejemplares que pongan más en el año, podrán servir de base al plantel, donde no sea posible hacer separaciones.

En nuestro gallinero hay gran cantidad de las primeras, dedicadas a producir huevos para consumo y venta. Las segundas son también muy numerosas. Para las incubadoras y las cluecas se reservan preferentemente huevos de esta sección, pues los pollos obtienen buenos precios.

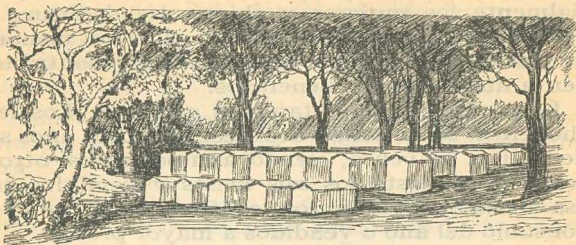
Cada año se separan las gallinas que dan menos rendimiento; se las alimenta especialmente para engordarlas, y luego se las come, o se las vende.

Las entradas en concepto de venta de huevos.

pollos y gallinas, son importantes y compensan con creces el trabajo que toda la familia, especialmente las mujeres y chicos, les dedican.

Los patos y pavos, criados en cantidad menor, son asimismo cuidados solícitamente y contribuyen a aumentar los beneficios.

Los cerdos reciben también atención. Los lechoncitos, se obtienen dos veces al año; unos se dedican a la venta, siendo aun pequeños; otros son criados hasta los seis meses y vendidos en esa época, y algunos son cebados para nuestro consumo del año o vendidos a mayor precio.



EL COLMENAR

Las abejas no faltan en nuestra granja, pues nos prodigan beneficios casi gratuitos dado que su alimentación no irroga ningún gasto, y el trabajo y útiles que requieren para la producción de cera y miel son insignificantes.

En nuestros alfalfares, jardín y quinta, las abejas encuentran el alimento y la materia prima que necesitan para llenar sus panales del rico manjar.

En época propicia, encargamos varias colmenas con sus enjambres correspondientes, y al poco tiempo nos felicitamos de tal resolución.

Las colmenas fueron colocadas en una ladera del monte, protegidas por árboles frondosos.

Fueron agregándose a las primitivas nuevas colmenas, aprovechando la multiplicación de los enjambres.

La vida, el movimiento de la colmena, se inician con la primavera, al llegar hasta ella el perfume de las primeras flores llevado en alas de los tibios vientos.

A ese mágico conjuro, la colmena despierta del sueño invernal e inmediatamente inicia su labor interrumpida. Salen las primeras abejas en actitud de exploración y, al regreso, comunican sus observaciones.

Como durante el invierno han consumido la miel de sus despensas, inician rápidamente la tarea de llenar los panales. En esta época no hay zánganos. Las obreras se encargaron de matarlos, cuando, dueños y señores de la colmena devoraban la mejor miel y pasaban el día entero holgando, sin contribuir en lo más mínimo a la prosperidad de la colonia.

Tan pronto como las casillas de los almacenes se llenan de miel, la abeja madre o reina, pone sus huevos en el fondo de las celdas de los panales centrales. Algunas son estrechas y otras amplias, según hayan de nacer obreras o zánganos. En cada colmena puede haber entre veinte y cincuenta mil obreras y unos cuatrocientos zánganos.

A los tres días, nace del huevo un gusanito: la larva. Durante varios días las obreras adultas la alimentan hasta que adquiere el tamaño de

la celda. Cúbrenla luego con una capa de cera y la larva se encarga de hilar un capullo junto a las paredes de la misma, siendo ya una crisálida.

A los veintiún días de puesto el huevo, aparece en la celda la joven obrera; los zánganos a los veinticuatro.

Con el nacimiento de la nueva generación, que viene a aumentar considerablemente el número de abejas, se realiza una de las operaciones que más interesan al apicultor: la multiplicación de los enjambres.



VIDA DE LAS ABEJAS

EL ENJAMBRE

I

“Son las doce del día, y diríase que en medio del calor que reina, los árboles reunidos retienen todas sus hojas, como se retiene la respiración en presencia de una cosa muy dulce, pero muy grave. Las abejas dan la miel y la cera olorosa al hombre que las cuida; pero lo que quizás vale más que la miel y la cera, es que llaman su atención sobre la alegría de noviembre, le hacen saborear la armonía de los meses más hermosos, todos los acontecimientos en que ellas intervienen están relacionados con los cielos puros, con la fiesta de las flores, con las horas más felices del año. Son el alma del estío, el reloj de los minutos de abundancia, el ala diligente de los perfumes que vuelan, la inteligencia de los rayos de luz que se ciernen, el murmullo de las claridades que vibran, el canto de la atmósfera que descansa, y es su vuelo la señal visible, la nota cierta y musical de las pequeñas alegrías innumerables que nacen del calor y viven en la luz. Hacen compren-

der la voz más íntima de las buenas horas naturales. Al que las conoce, al que las ama, al que las ha disfrutado, un estío sin abejas parece tan desgraciado y tan imperfecto como si careciese de pájaros y flores.

II

Volvamos ahora a la colmena que enjambra. En el momento en que se da la señal de partida, diríase que todas las puertas de la ciudad (colmena) se abren al mismo tiempo de un empujón súbito e insensato, y la negra multitud se evade o más bien surge de ella, según el número de aberturas, en una doble, triple o cuádruple fila directa, tendida, vibrante y continua que se esparce y ensancha en seguida en el espacio, formando una sonora red en que se exasperan cien mil alas transparentes. Durante algunos minutos, la red flota encima del colmenar y en medio de un prodigioso murmullo, comparable al que producirían diáfanas sederías rasgadas y recosidas sin cesar por mil y mil dedos electrizados.

Ondula, vacila, palpita como un velo de alegría sostenido en el aire por manos invisibles que parecen plegarlo y desplegarlo desde las flores hasta el cielo, en espera de una llegada o de una partida augusta. Por fin, uno de los pliegues baja y el otro sube las cuatro puntas llenas de sol del radioso manto que canta, se unen, y, a semejanza de uno de esos lienzos inteligentes

que para satisfacer un deseo, atraviesan el horizonte en los cuentos de hadas, se dirige todo entero y ya replegado, a fin de encubrir la sagrada presencia del porvenir (1), hacia el tilo, el peral o el sauce en que la reina acaba de posarse como un clavo de oro del que cuelgan una por una sus ondas musicales, y en torno del cual arrolla su lienzo de perlas iluminado de alas.

Luego renace el silencio y aquel vasto tumulto, y aquel terrible velo que parecía formado de innumerables cóleras, y aquella ensordecedora granizada de oro, que siempre en suspenso, resonaba sin cesar sobre todos los objetos de los alrededores, todo aquello se reduce después a un grueso racimo inofensivo y pacífico colgado de una rama de árbol y formado de millares de pequeñas bayas vivientes, pero inmóviles, que esperan con paciencia la vuelta de los explotadores que han ido en busca de abrigo.

El apicultor espera que la masa se haya aglomerado bien, y cubierta la cabeza con un ancho sombrero de paja, pero sin máscara ni velo, si tiene experiencia, después de haber metido en agua fría sus brazos hasta el codo, recoge el enjambre sacudiendo vigorosamente sobre una colmena boca arriba la rama que lo sostiene. El racimo cae pesadamente en ella como un fruto maduro."

MAURICIO MAETERLINK.

(1) La reina



NADA ESTÁ COMO ERA ENTONCES

Trece años han transcurrido desde el día en que, huyendo de la estrechez, abandonamos la ciudad y nos refugiamos en el campo. Trece años desde que dimos la primer azadonada y enterramos la primera semilla.

¡Cuánto cambio durante este tiempo en nuestra chacra y en toda la comarca!

Nadie reconocería en aquella sucesión de granjas florecientes, cuyos pobladores, activos y contentos, se multiplican para atender todas las labores, las chacras dismanteladas que encontramos a la llegada. Y ante el panorama de hoy, más de una vez exclamamos: ¡Nada está como era entonces!, modificando así los versos del poeta Andrade.

La influencia de la escuela, con sus nuevas orientaciones, ha realizado aquel milagro.

Conocéis ya la historia. En un principio, los

vecinos seguían sin gran interés las indicaciones del maestro, esperando por momentos el fracaso del ensayo para lanzar la frase obligada en tales circunstancias: "Ya lo decía yo", "Me lo imaginaba", u otras análogas, propias de los incapaces de tentar nada nuevo, y digno complemento de todas las rutinas y todos los prejuicios.

Felizmente, esas frases quedaron ahogadas en los labios y no tuvieron oportunidad de manifestarse, pues los primeros resultados halagüeños llegaron muy pronto. Los chicos llevaban a sus casas el nuevo credo y llenos de fe, demostraban prácticamente en los hogares sus bondades.

El maestro, incansable, reunía a los padres para interesarlos cada vez más en su obra y conquistarlos por completo. Nosotros éramos sus auxiliares poderosos.

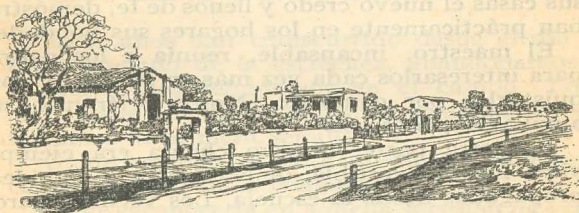
Por otra parte, nuestra chacra era ejemplo vivo, incontrovertible, de la eficacia de las ideas propagadas desde la escuela. Los vecinos fueron paulatinamente cambiando el aspecto de sus ranchos y chacras. Surgían por todos lados pequeños jardines, algunos frutales, árboles de sombra, huerta, gallineros.

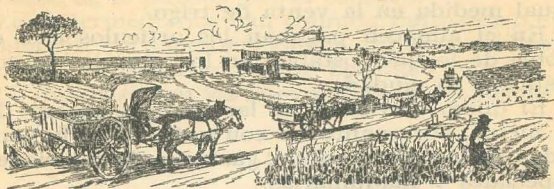
Las mujeres aprendieron a hilar, a tejer, y a vestir a sus hijos con buena ropa confeccionada por ellas mismas; y a presentar a los esposos, padres o hermanos el atractivo delicioso de las habitaciones limpias y arregladas con buen gusto. En la mesa, ofrecen apetitosamente transfor-

mados los productos de la casa: huevos, verduras, carne de cerdo, pollos, fruta, miel, manteca, queso, etc.

Los hombres vuelven satisfechos de sus pesadas tareas, seguros de encontrar el alimento que reponga el desgaste de sus fuerzas, y la alegría que temple sus espíritus.

La mayoría de nuestros vecinos son hoy propietarios de la tierra que trabajan, y sus chacras primitivas son otras tantas granjas, emporios de bienestar.





GANANCIAS Y PÉRDIDAS

Con el florecimiento de las granjas, un espectáculo se había hecho común. Diariamente salían en dirección al pueblo, granjeros con sus productos excedentes, para venderlos en él.

Como esto resultaba para algunos perjudicial, por cuanto abandonaban el trabajo una o dos veces por semana, resolvieron venderlos a los verduleros, fruteros y compradores que llegaban a adquirirlos para venderlos a su vez en la población. Venían a ser así intermediarios entre los productores y los consumidores, y, como sucede frecuentemente en estos casos, encarecían la mercadería sin que por ello se beneficiara el granjero, que la enajenaba a un precio reducido.

Lo mismo sucedía con el panadero que, yendo

desde el pueblo, vendía el kilogramo de pan a un precio varias veces mayor que el obtenido por igual medida en la venta de trigo.

En el almacén pagaban los artículos casi el doble de lo que costaban en los negocios mayoristas de la ciudad.

El queso fabricado en las granjas no era de lo mejor, por cuanto no convenía, dada la cantidad de leche disponible, gastar en instalaciones especiales y maquinarias.

El propietario de la trilladora obtenía grandes beneficios ocupándola únicamente entre los colonos de la región.

Si en todos estos casos se hubiesen suprimido los intermediarios, no hay duda de que las utilidades habrían sido mayores.

¿Era posible intentarlo con probalidades de éxito? Así lo entendió el maestro, cuando citó a los granjeros vecinos a una reunión para tratar asuntos de gran interés.

Expuso en ella, los casos anteriores, haciendo cálculos sobre lo percibido de menos, cuando se vendían los productos a intermediarios o se obtenían de manos de éstos.

— Hagamos la historia, decía, de una docena de huevos, desde su salida de la granja, y la veremos pasar del comprador ambulante al mayorista del pueblo, que a su vez la enajena al consignatario de la ciudad, el que la entrega a un nuevo mayorista, quien la vende al minorista, y éste, finalmente, al consumidor. Como todos

han ganado sobre esa docena de huevos, resulta que quien paga en definitiva, ha abonado por ella el doble de lo pagado por el primero.

Los intermediarios han cobrado tanto como el productor, sin tener sus gastos. Suprimiéndolos, pues, se conseguiría mayor beneficio.

Lo que pasa con los huevos sucede con los demás productos.

COOPERATIVAS VECINALES

— Sumad lo que habéis pagado, continuó el maestro, por el servicio de la trilladora durante los últimos cuatro años, multiplicadlo por el número de vecinos que la utilizaron, y comprobareis cómo ese dinero supera al valor de la máquina.

Haced la diferencia entre el precio de venta por kilogramo de vuestro trigo y el que pagáis por el pan y multiplicadlo por el número de kilogramos consumidos en los tres últimos años, por todos los vecinos, y veréis que, con ese dinero, se hubiese podido establecer una panadería, pagar el personal necesario, y sobraría aún dinero que aumentaría con los años sucesivos.

Haced lo mismo con los demás productos que compráis o vendéis aisladamente, o por intermediarios, y os asombraréis de las cifras. Pues bien, vecinos, el objeto de la reunión es proponer una solución práctica y eficaz a estas cuestiones. Sería el ideal encontrar un único intermediario, que por nuestra cuenta, obtuviera de los productos el mayor precio, y recibir, a la vez, por su intermedio, los artículos por mayor a precio de costo, más los gastos indispensables realiza-

dos. Todo esto es factible con la fundación de una sociedad cooperativa, a la que cada uno aporte algo del capital necesario.

Puedo asegurar, de acuerdo con estadísticas que tengo en mi poder, y con experiencias realizadas, que el capital invertido en una cooperativa bien administrada, será reintegrado a sus componentes o accionistas, en muy breve plazo, con las ventajas que se obtienen en los precios de compra o venta.

La cooperativa instalaría, por ejemplo, una panadería; y los mismos vecinos le venderían el trigo necesario. Se llevaría el cereal al molino del pueblo mientras no se adquiriese uno propio.

El importe de la molienda sería reducido, por tratarse de grandes cantidades.

Elaborado el pan, se vendería a los mismos vecinos de la cooperativa al precio de costo, equivalente con seguridad, a la mitad o menos de lo que se paga al panadero.

Otro tanto sucedería si se adquiriese en la misma forma una trilladora y se instalaran departamentos para fabricar manteca y queso. Iguales beneficios se obtendrían si la misma cooperativa colocara los productos y comprara los artículos necesarios.



PROSPERIDAD

La proposición del maestro, aprobada en principio, fué objeto de estudio. Cada vecino debía llevar los datos solicitados a fin de hacer cálculos sobre los probables beneficios.

Convenidos los detalles, se dió principio a la tarea. Se nombró un consejo de administración y se instaló la cooperativa en un local alquilado con ese objeto.

Una de las primeras providencias adoptadas fué la de gestionar en el pueblo la celebración de ferias francas, a las que pudiesen concurrir los productores una o dos veces por semana.

Aceptada la idea por las autoridades comunales, la cooperativa organizó un sistema de transporte, utilizando en un principio, los carros y caballos de los asociados, y también, los servicios personales de los mismos para la conducción y venta de los productos. Estos eran anotados con cuidado en los libros y la liquidación correspondiente se efectuaba al volver los vendedores.

Como no todos los productos tenían fácil salida en el pueblo, se aprovechó el sistema de encomiendas postales para productos de granjas. Con ello se consiguieron precios más remunerativos; pues dichos productos iban directamente a los consumidores de la ciudad, quienes encontraban muy cómodo y ventajoso hacer sus pedidos directamente a las granjas.

Esto les reportaba economía y la seguridad de obtener productos frescos.

Ante los halagüeños resultados obtenidos, la cooperativa fué extendiendo sus operaciones y disfrutando de la más amplia confianza de sus asociados.

Hoy es el centro de reunión de la comarca, la despensa común, y la que distribuye las utilidades de todos. Allí llegan diariamente chicos y grandes conduciendo leche para la fabricación de queso, huevos para la venta, legumbres para los días de feria, fruta, miel, etc. La institución realiza las compras y ventas en las mejores condiciones, y ahorra a sus asociados tiempo y dinero.

La cooperativa ha triunfado.



MUTUALISMO

La enfermedad de uno de los vecinos fué la voz de alarma para los restantes, que experimentaron, en cabeza ajena, las tristes y graves consecuencias de la imprevisión.

Aquel vecino enfermo agravóse rápidamente, por lo que se envió al pueblo en busca del médico. Concurrió éste, suministrando al paciente lo que la ciencia aconseja en tales casos, para conjurar el mal.

Las visitas se repitieron, hasta que se le condujo al pueblo, a fin de someterle a una operación quirúrgica.

La convalecencia fué larga; pero felizmente, la enfermedad quedó vencida.

Llegada la época de abonar los gastos ocasionados, dispuso de sus ahorros y vendió todo lo que pudiera proporcionarle dinero, conservando sólo lo indispensable para continuar trabajando y poder cumplir con los compromisos contraídos.

Aleccionados por este cuadro sombrío, reuniéronse los vecinos, a iniciativa del maestro, y re-

solvieron constituir una sociedad de socorros mutuos para los casos de enfermedad.

Aprobada la idea, estudiaron varios estatutos de sociedades de esta índole existentes en las ciudades, y se redactaron los propios.

En los formularios de recibos, que mensualmente se presentaban a los socios, leíanse las inscripciones siguientes: "Nadie puede asegurar que mañana no estará enfermo". "Hoy por tí, mañana por mí". "Todos para uno y uno para todos".

La sociedad ha prestado múltiples servicios, haciendo más llevaderas y menos penosas las penurias de una enfermedad.

En virtud de arreglos con los médicos y farmacias del pueblo, y con algunos sanatorios de la ciudad, la sociedad corre con todos los gastos de sus socios enfermos, sin que éstos hagan desembolsos extraordinarios, perturbadores de la tranquilidad y bienestar de sus hogares.



AHORRO

La Caja Nacional de Ahorro Postal es conocida en la región, pues no existe hogar en donde no haya varias libretas en relación activa con dicha Institución.

Tan pronto como los alumnos obtuvieron de sus padres algunas aves, un pedazo de terreno para cultivar y el importe de la venta de sus productos, el maestro inició una campaña en favor del ahorro.

El mismo repartía los boletines, vendía estampillas y aprovechaba la ida de cualquier vecino al pueblo para hacer retirar las libretas, anotar los depósitos, traer valores, etc.

Los niños, estimulados mutuamente, se esforzaban en obtener mayores beneficios para aumentar sus fondos.

La práctica se extendía y ya no eran solamente

los chicos los dueños de libretas, sino también los mayores, que comprobaban cómo cantidades insignificantes, economizadas diariamente, se convertían en cifras respetables al cabo de varios años.

Hubo momentos en que las libretas de los alumnos de la escuela sumaban, en conjunto, varios miles de pesos.

Con tales sumas, sus propietarios, al llegar a hombres, dispondrían de lo necesario para establecerse, sin que el espectro de la miseria o la escasez cruzara en ningún momento por sus

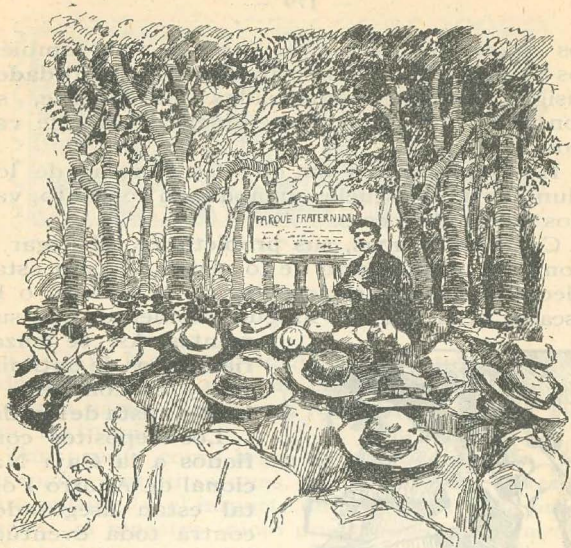
mentes. Así, se lanzarían llenos de optimismo y de confianza a la conquista de la vida.

Los depósitos confiados a la Caja Nacional de Ahorro Postal están asegurados contra toda eventualidad, pues la Nación los garantiza, y sus depositantes pueden

tener la absoluta seguridad de que les serán reintegrados en las condiciones estipuladas.

En mi casa, hasta los más pequeños poseen libretas de ahorro, y que los depósitos aumentan, lo demuestran las páginas que se llenan sin cesar.





LAS ELECCIONES

Un acontecimiento inusitado vino a turbar la vida tranquila de la región.

Durante el mes de febrero, en los días de fiesta, llegaban desde el pueblo al parque, grupos de personas a la espera de que los vecinos concurriesen allá.

Improvisaban los visitantes una tribuna y varios oradores, en halagadores discursos, solicitaban el voto de los presentes, para los candidatos que recomendaban.

Suceso de tal trascendencia fué objeto de los más variados comentarios, y, como siempre, se requirió la opinión del maestro.

Este se excusó de opinar directamente acerca de los candidatos de las diferentes listas; pero prometió iniciar una serie de conversaciones sobre “Moral Cívica”, en la seguridad de contribuir de ese modo a preparar al electorado para una elección consciente.

EXPLICACIONES PRELIMINARES. — Así inició el maestro sus primeras conversaciones:

“La Nación Argentina adopta, para su gobierno, la forma republicana, representativa, federal”.

Es republicana, porque, al contrario de lo que pasa en los gobiernos dinásticos, reinos o imperios, en que los gobernantes son siempre miembros de una misma familia, aquí cualquier ciudadano puede llegar al gobierno. Este reside, pues, en el pueblo que elige a sus representantes para que gobiernen y deliberen.

Es federal, por hallarse formado por estados autónomos o provincias, con sus correspondientes autoridades, aunque unidas entre sí por la Constitución Nacional, ley suprema de la Nación y de los Estados.

Las elecciones, en virtud de la forma republicana representativa, tienen por objeto elegir a

las personas que han de componer el gobierno

El voto de cada uno de los electores contribuirá a que éste sea desempeñado por tales o cuales ciudadanos que, obteniendo mayor número de sufragios, representen la mayoría.

¿QUIÉNES VOTAN? — El voto es un derecho, es un honor y debe ejercitarse con plena conciencia.

Pueden y deben votar los argentinos mayores de diez y ocho años y los extranjeros naturalizados.

Al aproximarse una elección se publican las listas de los electores en padrones, a fin de que, si por cualquier circunstancia, alguien no hubiese sido incluido, pueda reclamar su inclusión, eliminándose al mismo tiempo los fallecidos, y aquellos en quienes concurriese causa para ser tachados.

El voto es secreto y obligatorio. Nadie puede saber por quién ha votado una determinada persona, y, si alguno tratara de hacerlo, cometería un delito penado por las leyes.

La conciencia de cada votante ha de ser la mejor consejera en esos momentos, a fin de que dé el voto a quien crea con mayores aptitudes para abogar por los intereses colectivos.

El escrutinio o tarea de anotar los votos es motivo de especial cuidado para asegurar el triunfo de la voluntad popular. Quién cometiere fraude electoral, colaborar en él, lo insinuar o encubriere, será enemigo del pueblo, pues pretende con ello robarle una de sus más grandes conquistas: el voto.



CARGOS ELECTIVOS

Son elegidos por sus conciudadanos las personas que componen las Municipalidades, consejos escolares, (1) legislaturas provinciales, Congreso Nacional, Poder Ejecutivo Nacional y Provincial, aun cuando no en todos los casos por medio del voto directo.

El intendente y los concejales son las autoridades del municipio, departamento o partido.

Su función consiste en velar por la higiene, seguridad y adelanto de la población que los elige. Es de su incumbencia el cuidado de las calles y caminos, abasto, edificación, paseos, tráfico, iluminación, diversiones, etc.

El vecindario costea estos servicios mediante el pago de los impuestos municipales.

Las legislaturas provinciales deliberan y dictan leyes para el territorio de la provincia. Sancionan anualmente el presupuesto de gastos y recursos de la misma.

El Poder Ejecutivo Provincial es el encargado de promulgar y hacer cumplir las leyes en la jurisdicción de la provincia; de preparar el presupuesto, de nombrar y renovar empleados, y de

(1) En las provincias

las demás atribuciones conferidas por la Constitución respectiva.

Las rentas o recursos provinciales lo constituyen: el importe de la contribución territorial, patentes y sellos, venta o arrendamiento de tierras públicas, subvención nacional y demás impuestos sancionados por la legislatura.

El Congreso y Ejecutivo Nacional ejercen su jurisdicción inmediata sobre la Capital Federal y Territorios Nacionales, y su acción llega hasta las provincias dentro de los términos establecidos en la Constitución Nacional.

Sus funciones son, dentro del orden nacional, idénticas a las que realizan las legislaturas y ejecutivos provinciales, siéndoles además privativo lo que se refiere a las relaciones con los demás países, mantenimiento del ejército y marina, administración de puertos y aduanas, servicios de correos, etc.

Forman sus rentas, las entradas de aduana, impuestos internos, (alcohol, tabaco, naipes) y contribución territorial de la Capital Federal y Territorios, patentes y sellos nacionales, venta de sellos de correo y servicios del telégrafo nacional, etc.

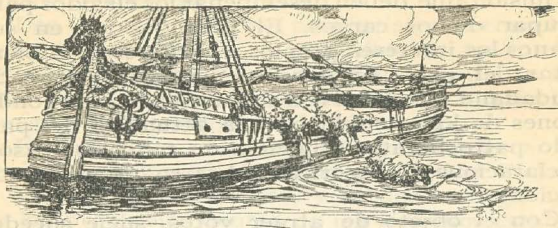
Tanto las leyes provinciales como las nacionales pueden ser declaradas nulas y por lo tanto dejar de ser cumplidas si el Poder Judicial las declara inconstitucionales, esto es, lesivas de algún derecho o disposición expresa de la Constitución.

Como queda expuesto, es de suma importancia la misión que deben desempeñar los elegidos para ocupar dichos cargos. El pueblo pone en sus manos los intereses propios, el progreso y el bienestar del país. En consecuencia, al votar, cada ciudadano estudiará con imparcialidad las condiciones de los candidatos y la actuación del partido patrocinante, exigiendo en todos los casos, declaraciones categóricas sobre su programa de acción.

Con el objeto de atraer votos, suele suceder que algunos partidos formulan promesas que jamás pensaron en cumplir o no ponen el entusiasmo y dedicación prometidos, una vez en el poder. Los electores deben fiscalizar la actuación de sus representantes; y si algunos de éstos, con fines personales o de interés de círculos reducidos, o por espíritu ostensible de oposición, entorpeciera la sanción de leyes benéficas para la mayoría de los habitantes, deben hacerle llegar su voto de censura y retirarle su confianza.

Dentro de una democracia, éste debe ser el mayor castigo para quienes no sepan cumplir sus promesas.

Al dar, pues, vuestro voto, procurad no defraudaros a vosotros mismos. No vayáis nunca a las urnas, como los "carneros" que figuran en la "Venganza de Panurgo", sino como hombres libres y conscientes de la responsabilidad que asumís al llenar tan alto cometido.



LA VENGANZA DE PANURGO

Cuenta Rabelais, célebre escritor francés, que Panurgo, un estudiante egoísta y sin escrúpulos, pero entretenido, jovial e ingenioso, había tenido una disputa con cierto comerciante de carneros que viajaba en el mismo barco.

Gracias a la intervención de Pantagruel, las cosas no siguieron más allá y aparentemente se reconciliaron. Panurgo, rencoroso, maduraba su venganza.

Zalameramente llegó hasta el mercader y, después de extenderse en alabanzas de sus carneros, le solicitó como una gracia, la venta de uno de ellos; pero aquél no accedía manifestando las inmensas bondades que reunían y los altísimos

precios a que los vendería una vez llegado a su destino.

Panurgo tanto insistió que obtuvo lo que deseaba, pagando un precio exorbitante. Después de lo cual escogió del rebaño un hermoso ejemplar y lo llevó, no dejando éste de balar en el trayecto. Oído por los otros animales dieron en balar, al mismo tiempo que seguían con la mirada a su compañero.

Entretanto el mercader decía a sus cuidadores:

— ¡Oh, qué bien ha elegido el tunante! Ese sí que entiende...

De pronto Panurgo, sin pronunciar palabra, tiró al mar su carnero, que no cesaba de balar. Todos los otros balando con la misma entonación, se dirigieron en fila y se arrojaron al mar.

Su única preocupación consistía entonces en arrojarlo lo más pronto posible detrás de su compañero.

No era posible detenerlos, porque, está en la naturaleza de los carneros, seguir siempre al primero, a dondequiera que se encamine.

El mercader azorado por la escena que se desarrollaba ante sus ojos, se esforzó por detenerlos; pero en vano. Todos en fila se arrojaban al mar y perecían.

Finalmente, tomó uno muy grande y fuerte por el vellón, cerca de la nuca, creyendo así poder detenerlo, y salvar en consecuencia, el resto. El carnero resultó tan fuerte que se lanzó al mar arrastrando al mercader; y ambos perecieron.

Entretanto los pastores y guardianes del rebaño, los tomaron, quienes de los cuernos, quienes de las patas o del vellón; y todos cayeron al mar, pereciendo miserablemente”.

FRANCISCO RABELAIS.

Las siguientes conversaciones del maestro versaron sobre el contenido de la Constitución Nacional, y se leyeron y comentaron sus artículos.



LA ESCUELA

¿Os explicáis por qué en aquella floreciente villa, ha llegado la escuela a ser un centro de atracción para sus habitantes, que la consideran como un templo, donde el maestro es el nuevo sacerdote que difunde la cultura a manos llenas?

La gratitud es virtud propia de la gente de bien, que no escasea en aquella región. Es testimonio, el edificio escolar levantado por voluntad y contribución exclusiva de los vecinos.

En el frontispicio se lee: “Este edificio fué costeadado por el vecindario como una prueba de gratitud y cariño”.

El maestro ha recibido propuestas de traslado a pueblos y ciudades, y ascensos de importancia dentro del organismo escolar; pero todo lo ha rehusado y continúa al frente de nuestra escuela con gran regocijo de la población.

Y no podía ser de otro modo; pues él también ha resuelto su problema. Cultiva la tierra perteneciente a la escuela y la ha convertido en una verdadera granja experimental, cuyos viveros producen las mejores variedades. La granja contigua es también de su propiedad y en ella vivirá al retirarse de la escuela.

No piensa, por lo tanto, salir de entre nosotros a pesar de los ofrecimientos que se le hacen.

Al terminar mi historia de los años de ausencia, vayan mi recuerdo y gratitud al viejo y querido director cuyas proféticas palabras de despedida orientaron mi vida.

LA CARIDAD Y LA GRATITUD

Si me presta sus favores
precisa y fiel la memoria,
voy a contaros la historia
de un arroyo y de unas flores.
Recuerdo que la leí
y ganó mi corazón;
pero prestadme atención:
la historia comienza así:
Por la rápida pendiente
de una montaña sombría,
un débil arroyo húa
de la furia de un torrente.
Despeñábase violento,
y con rapidez tan suma,
que convertido en espuma
iba en las alas del viento.
De tan penoso camino
el pobre arroyo cansado
llegó a la margen de un prado
de la montaña vecino,
donde en diversos colores
alzando sus sueltos talles,
formaban listas y calles
mirtos, laureles y flores.
Y allí su planta ligera

detuvo, formó un remanso,
y apenas tomó descanso,
murmuró de esta manera:
— “¡Triste de mí!, mal intento
salvar mi clara corriente...
Es poderoso el torrente,
y sigue audaz y violento.
Y entre sus ondas oscuras,
por breñas y peñascales
turbios irán mis cristales,
perdidas sus ondas puras.
En vano de la montaña
abandono el seno inculto...
¡En dónde, en dónde me oculto
de su poderosa saña!”
Calló el arroyo, y sentido,
dice la historia, y pausado,
por los recintos del prado
se oyó volar un gemido.
Y al soplo del aura fieles,
doblando los sueltos talles,
abrieron sus mansas calles
mirtos, flores y laureles.
Y por callar el dolor
del arroyo y las congojas,
unieron sus verdes hojas
para ocultarlo mejor.
El, viendo tales favores,
y llorando de ternura,
se ocultó entre la espesura
que le formaron las flores.
Y por si el eco le asombra,
cuando silencio reclama,
se tendió la verde grama
para servirle de alfombra.
Así el arroyo callado
salvó su clara corriente

de la furia del torrente
entre las flores del prado.
Aquí, sin que la fatigue,
recuerda bien mi memoria
que haciendo punto la historia
de esta manera prosigue.
Viéronse desde este día
a las bienhechoras flores
lucir más bellos colores,
más pomposa lozanía.
Tan ricas y tan hermosas
eran, y tanto admiraban,
que de muy lejos llegaban
por verlas las mariposas.
¿Quién en el prado ha vertido
tanta gala y hermosura?
La gratitud tierna y pura
del arroyo agradecido.
Sin ellas él no vería
su corriente tan serena;
y ellas murieran de pena
sin su dulce compañía.

José Selgas.



HISTORIA DE PASCUAL.

Pascual ocupó el lugar de Luis e inició el relato de su vida en la siguiente forma:

Al abandonar la escuela, ingresé como aprendiz en el taller donde trabajaba mi padre. Por la noche concurría a una escuela profesional de artes y oficios

Asistí tres años, y al finalizar, era un hábil oficial con los conocimientos prácticos y teóricos necesarios para desempeñar a conciencia el oficio elegido. Pero mis estudios no terminaron allí, pues seguía con todo interés las publicaciones técnicas sobre desarrollo de la industria, experimentos y ensayos, obtención de la materia prima, etc.

Mi capacidad, demostrada repetidas veces en el taller, me valió mayor consideración y aumento de salarios.

Conocedor, por los estudios hechos, de las leyes que rigen el movimiento, el valor productor de la fuerza motriz, las cualidades de los mate-

riales, etc., proponía y proyectaba modificaciones que significaban economía o mayor rendimiento. Si estos experimentos daban un buen resultado, conseguía un beneficio pecuniario en relación con el provecho obtenido por la fábrica.

Pronto estuve en condiciones de instalarme con un pequeño taller. Como ejecutaba con exactitud y prolijidad los trabajos que me encomendaban, aumentaban los encargos y se ampliaban en consecuencia las instalaciones.

Mi taller es hoy un modelo en su género. Los aprendices continúan su perfeccionamiento en las escuelas profesionales, de modo que al terminar sus cursos, se han convertido en hábiles obreros, conocedores a fondo de la profesión.

Su aptitud y la participación en las utilidades obtenidas son motivos para que trabajen con el máximo de buena voluntad, interesándose por el aumento de las ganancias, que les pertenecen también en parte.

El obrero consciente y responsable de su trabajo, no necesita personal especial de vigilancia ni contralor; pues el mismo es el encargado de vigilar al que se aparta de los principios establecidos, por cuanto su falta disminuye la utilidad común.

Varios ensayos llevados a feliz término en mi taller, con la cooperación de los obreros, me permiten mirar hoy con optimismo el porvenir, seguro de haber conquistado el bienestar de mi familia y de mis compañeros de trabajo.



JORGE

Terminado el sexto grado ingresé en el Colegio Nacional, pues mi padre deseaba que me graduara en la Universidad.

Mi familia se hallaba en situación desahogada, pues las utilidades de una casa de comercio perteneciente a mi padre nos permitían vivir con holgura y costear mis estudios.

Pero vino una época en que las ganancias disminuyeron hasta convertirse en pérdidas, y hubo que cerrar el negocio.

Había terminado el bachillerato y me preparaba a ingresar en la Facultad.

Mi padre, con el mayor dolor, me declaró no serle posible continuar costear mis estudios; debía por lo tanto dirigir hacia otro lado mis actividades.

Esta resolución me apenó mucho; pero había que hacer frente a la nueva situación. Desde entonces, sólo pensé en la forma de ganarme la vida, lo que no me pareció muy difícil.

Reflexioné por primera vez en la utilidad que

representaba el título de bachiller, y ví que fuera del ingreso a la Facultad, sólo servía para ser empleado. Más, ¿para qué clase de empleo? para todos en general y para ninguno en particular.

No había tiempo que perder y me lancé a la búsqueda de empleo. ¡Cuánta decepción! Me figuraba que, al anunciar mi título, todas las puertas se abrirían y se me harían ventajosos ofrecimientos.

Sin embargo, tuve que rendirme ante la desesperante y cruel evidencia; no era necesario en parte alguna. Esto significaba claramente que los cinco años de estudios secundarios no habían creado ninguna aptitud nueva para la vida, ya que no se daba valor a mi solicitud.

Me preguntaba entonces: todas estas materias aprendidas tan trabajosamente ¿para qué me sirven?

¡Cuánto hubiera deseado en esos momentos desconsoladores conocer bien un oficio para evitarme esa peregrinación casi mendicante en procura de un empleo!



EMPLEADO

El empleo llegó, pero no como el triunfo de mis aptitudes, sino como una gracia, un favor, y en atención a la persona que me recomendaba.

Varios años desempeñé el puesto de encargado de la correspondencia en una empresa comercial, esperando un mes tras otro mi nombramiento en una oficina pública. Este se produjo y creí entonces haber alcanzado el ideal.

Durante los cinco años que estuve en las oficinas del gobierno conseguí dos ascensos, mejorando algo mi sueldo inicial.

Cuando creí haber llegado a obtener mi estabilidad en el empleo, un suceso ingrato vino a colocarme en situación desesperada. Un cam-

bio de altas autoridades en la repartición a que pertenecía trajo como consecuencia la reorganización de las oficinas, con supresión, en unos casos, y reemplazo en otros, de los empleados.

Con muy buenas palabras se me dió la fatal noticia: mis servicios no eran ya necesarios. ¿A dónde iría? Triste situación la mía durante los meses de peregrinación en busca de nueva colocación. ¡Cómo lamentaba, de nuevo, no conocer un oficio! Con él hubiera podido asegurar el pan de los míos, el pan que escaseaba ya en mi mesa.

Después de muchas penurias, conseguí acomodo en un escritorio con un sueldo insignificante, que está muy lejos de cubrir los gastos indispensables de mi familia.

Tal es mi situación actual, y me avergüenzo al compararme con vosotros, que podéis ostentar, orgullosos, el título de triunfadores, mientras soy yo un fracasado en la vida.

Luis le interrumpió:

— No desesperes, Jorge, dijo. Mi padre, cuando abandonó la ciudad, tenía mucha más edad y familia que tú. ¿Por qué no harías lo mismo? Yo te ofrezco mi ayuda y mi experiencia. Saldrás al campo, a trabajar la tierra, a formar tu granja, y a la vuelta de unos años serás un triunfador más.

Jorge abrazó a su amigo, aceptando el ofrecimiento, deseoso de ir al campo a conquistar

lo que no había podido en la ciudad: el bienestar.

.....

.....

.....

El director recogió las memorias de los tres amigos, dispuesto a publicarlas en un libro, para que los niños concurrentes a su escuela reflexionaran, al leerlo, hacia qué rumbos debían orientar las actividades de su vida.



**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS
INDICE**

	<u>Pág.</u>
Prólogo	1
Despedida	7
El pacto	9
Frente a la vida	11
La ciudad (poesía)	13
El día señalado	15
Recuerdos justicieros	17
En la escuela	19
Luis y su historia	21
Proyectos y realidades	23
Preparativos	25
En viaje	28
La chacra	31
La aurora (poesía)	33
Vida nueva	35
El primer golpe de azadón	38
Nuestros vecinos	41
El nido del carancho	44
Buenos augurios	47
El plantel avícola	50
En el surco	53
El arado (poesía)	55
Observaciones meteorológicas	57
Germinación	61
La fiesta del árbol	64
Aumentan las aves	66
En primavera	69
De flor a fruto	72
Llegan enemigos	75
Esperanzas	78
La siega	81
La trilla	83
Recolección y transformación del trigo a través de los tiempos (prosa y verso)	85
Y darán frutos	90
Otoño	93
Función de las hojas	95

	Pág.
Balance	98
Buenas noticias	101
El llamado de la escuela	103
Nuevas orientaciones	105
Reunión de vecinos	107
Plan de trabajo	109
El huerto escolar	112
La canción de los clubs agrícolas de niños	115
Libros y herramientas	117
Telares e hilado	119
Teñido de lanas	121
El juncal (poesía)	123
Cortinas de junco	127
Carga misteriosa	129
Cinco años después: la exposición escolar	132
A la vera del arroyo	135
Canto al árbol (poesía)	137
Parque Fraternidad	139
La calandria	141
El hogar propio	143
Adquisición de la chaera	146
Progresos	148
El monte	150
El tambo	153
El huerto	155
Aves y cerdos	157
El colmenar	160
Vida de las abejas	163
Nada está como era entonces	166
Ganancias y pérdidas	169
Cooperativas vecinales	172
Prosperidad	174
Mutualismo	176
Ahorro	178
Las elecciones	180
Cargos electivos	183
La venganza de Panurgo	186
La escuela	189
La caridad y la gratitud (poesía)	191
Historia de Pascual	194
Jorge	196
Empleado	198
Índice	201

CONSEJOS PARA EVITAR LA TUBERCULOSIS

La tuberculosis es una enfermedad muy difundida.

Se transmite de una persona enferma a otra sana, pero no es hereditaria.

Los tuberculosos pueden propagar su enfermedad por sus esputos que contienen millones de microbios, los bacilos de Koch.

Todos debemos contribuir a evitar el contagio, para lo cual se tendrán en cuenta estos consejos:

- 1º. — No debéis escupir en el suelo, porque además de ser repugnante es peligroso. Los esputos pueden contener microbios nocivos; desecados en el suelo, se mezclan con el polvo de las habitaciones y al respirarlo, se corre el riesgo de contraer una seria enfermedad.
 - 2º. — No os serviréis de los pañuelos de bolsillo para escupir, pero si os vierais obligado a hacerlo, lo haréis hervir con agua, tan pronto lleguéis a vuestro domicilio. Debéis escupir en saliveras o recipientes apropiados, los que deberán hervirse y lavarse diariamente.
 - 3º. — Al toser o estornudar llevaréis el pañuelo a la boca, porque las partículas de saliva pueden llevar consigo microbios productores de enfermedades.
 - 4º. — No debéis barrer vuestras habitaciones en seco. — Es conveniente antes humedecer el suelo para evitar que se levante polvo que lleva microbios en suspensión. No hagais uso del plumero, que sólo sirve para levantar los polvos, los que permanecen suspendidos en el aire de las habitaciones. Usad en su lugar trapos humedecidos. No debéis sacudir el polvo de los botines con los pañuelos de mano.
 - 5º. — No debéis tomar mate. — Aparte de ser anti-higiénico, es peligroso que varias personas tomen mate con la misma bombilla. ¡Cuántos contagios se deben al mate!
 - 6º. — No debéis fumar, porque es un vicio pernicioso que además de producir enfermedades y pérdida de dinero, cuesta mucho dejarlo una vez adquirido.
 - 7º. — No debéis beber alcohol. Los licores y aún el mejor vino, contienen alcohol que perjudica el estómago y destruye las fuerzas para la lucha por la vida. No repone ni tonifica como lo creen la mayoría de las personas. Es un enemigo de la salud. Favorece la tuberculosis.
 - 8º. — Los amigos de la salud son el sol, el aire, la buena alimentación y el aseo personal. Debéis respirar aire puro en todas partes donde trabajéis o juguéis. Debéis respirar por la nariz y no por la boca.
 - 9º. — Debéis lavaros las manos antes de sentaros a la mesa, limpiaros los dientes todas las mañanas y todas las noches.
 10. — Debéis dormir siempre con la ventana abierta, o, por lo menos, entreabierta, cubriéndos bien para no experimentar frío.
 11. — Debéis dormir solo en vuestra cama, y si fuera posible, sin otra persona en la misma habitación. Las mejores piezas de la casa deben ser destinadas para dormitorios.
 12. — Debéis pasear a pleno sol con la cabeza cubierta y evitar las salidas en los días de viento y lluvia.
 13. — Debéis alimentaros bien. Bebed mucha leche, recién hervida.
- La tuberculosis puede ser curada, y cuando más pronto se inicie su tratamiento, tanto más grande será la esperanza de su curación.
- La tuberculosis es un peligro nacional. Luchar contra esta enfermedad es hacer obra patriótica. Si todos los habitantes de la república ayudan en esta campaña, la tuberculosis será vencida.

